

DICK KING-SMITH

BABE

EL
cerdito
valiente



ILUSTRADO POR MARY RAYNER 

Fly, la perra pastora, mira con sorpresa a su nuevo hijo adoptivo. El cerdito Babe es el extraño premio que el granjero Hogget ha ganado en la feria. Pero ¿cómo puede ser que el cerdito quiera ser pastor de ovejas? ¡Qué atrevimiento! Su obligación es engordar y algún día aparecer rodeado de patatas y zanahorias en un delicioso plato familiar. Pero Babe no es un cerdito cualquiera, es muy valiente y muy tenaz. Así que Fly ha decidido enseñarle a cuidar las ovejas, mientras piensa en cómo se lo tomará el señor Hogget...





Dick King-Smith

Babe, el cerdito valiente

ePub r1.0
nalass 14.09.13

Título original: *The Sheep-Pig*
Dick King-Smith, 1983
Traducción: Esther Gómez Parro
Ilustraciones: Mary Rayner

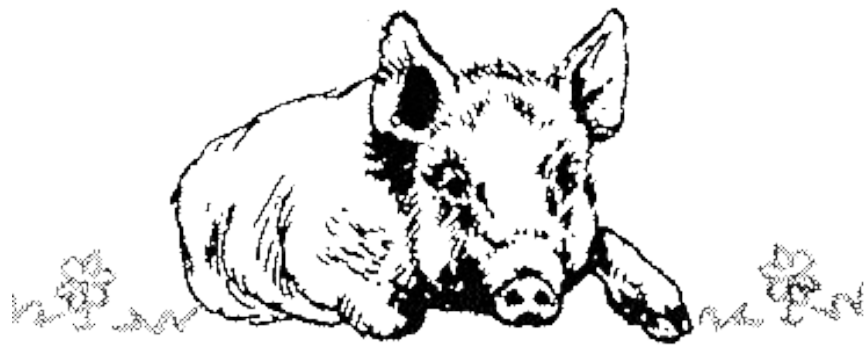
Editor digital: nalasss
ePub base r1.0



Dick King-Smith

Babe

El cerdito valiente



Ilustrado por
Mary Rayner



1

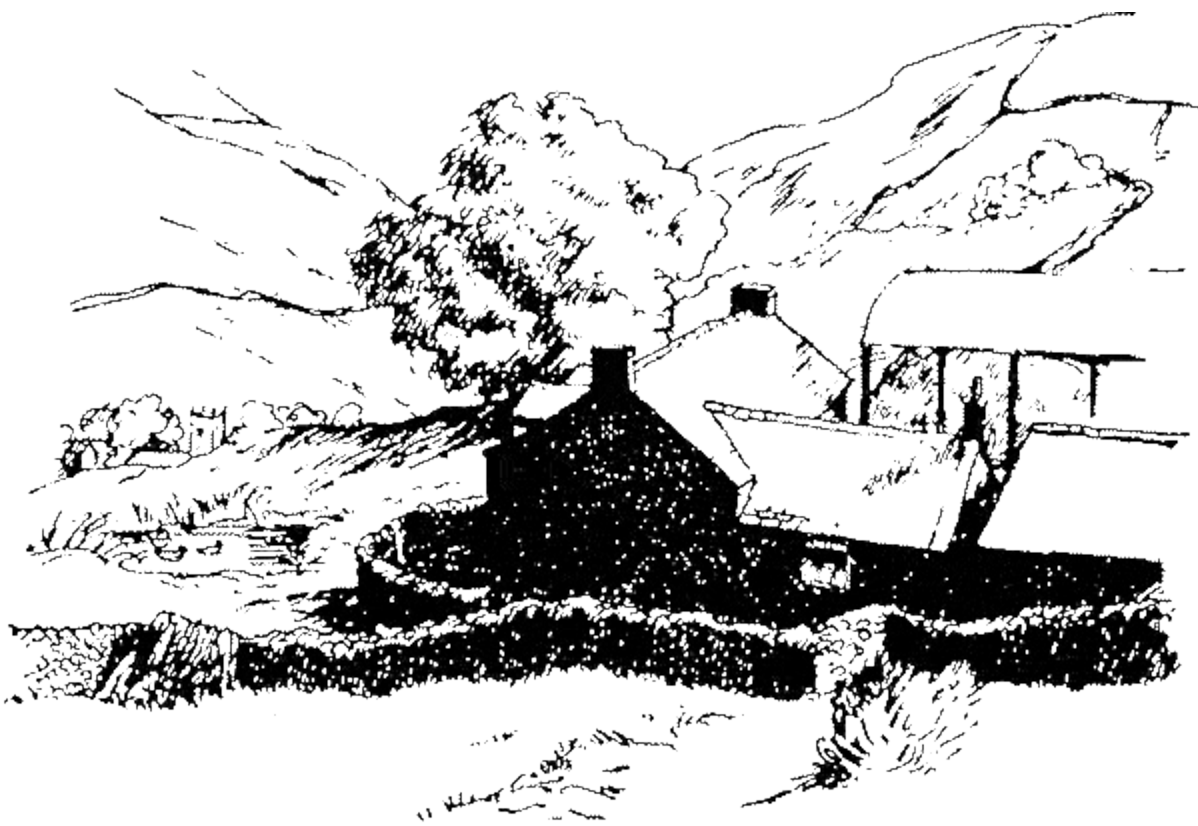
Adivina cuánto peso

—¿Qué es ese ruido? —preguntó la señora Hogget, pegando su plácida cara, redonda y rubicunda, a la ventana de la cocina—. Escucha, está sonando otra vez, ¿lo oyes? ¡Qué alboroto! ¡Qué jaleo! Es como para creer que están matando a alguien. ¡Dios mío! Sea lo que sea, escucha un momento, ¿quieres?

El granjero Hogget escuchó. Desde el valle de abajo, generalmente tranquilo, llegaba toda una confusión de sonidos: el *bum, bum* de una banda, gritos de niños, el golpeteo de una partida de bolos en un callejón, y, de tanto en tanto, un chillido de furia muy agudo y penetrante, que duraba unos diez segundos aproximadamente.

El granjero Hogget sacó su viejo reloj de bolsillo, tan grande y redondo como un platillo, y lo miró.

—La feria empieza a las dos —dijo—. Ya ha empezado.



—Lo sé —dijo la señora Hogget—, porque voy retrasada con todos estos pasteles, mermeladas, salmueras y conservas que ya deberían estar en el puesto en este preciso instante. ¿Y quién va a llevarlo todo? Eso me gustaría saber. Seguro que tú. Pero, antes que nada, ¿qué es ese ruido?

El chillido se oyó de nuevo.

—¿Ese ruido?

La señora Hogget afirmó varias veces con la cabeza. Todo lo que hacía, lo prolongaba siempre más de la cuenta, desde hablar hasta algo tan sencillo como asentir con la cabeza. El granjero Hogget, en cambio, nunca malgastaba sus energías con palabras.

—Un cerdo —contestó.

La señora Hogget volvió a asentir varias veces.

—Eso es lo que pensé yo. Me estaba diciendo: «Eso sólo puede ser un cerdo». Pero nadie de aquí cría cerdos. Aquí no hay más que ovejas en muchos kilómetros a la redonda. ¿Qué estará haciendo un cerdo por aquí?, me preguntaba yo. Cualquiera pensaría que están matando al pobre bicho. Acércate a ver cuando bajes todo esto, y será mejor que lo hagas ahora para que luego vengas a echarnos una mano. Puedes ponerlo en la parte trasera del Land Rover; no llueve y no se estropeará. Y, cuando vuelvas, límpiate bien las botas antes de entrar.

—Sí —respondió el granjero Hogget.

Una vez en el pueblo, y después de descargar todos sus productos en el mercadillo, el granjero Hogget cruzó el prado, pasó por delante de las casetas de lanzamiento de anillas, de lanzamiento de cocos y de tiro al blanco, dejó atrás las partidas de bolos y la banda, y se dirigió al lugar de donde parecían proceder los chillidos: un pequeño redil de estacas improvisado en un rincón entre

el muro y el patio de la iglesia.

Junto a este corralillo estaba sentado el párroco, cuaderno en mano, con una caja de cartón colocada en la mesa delante de él. De las estacas colgaba un cartel: «Adivina cuánto peso. Diez peniques la apuesta». Al otro lado había un cerdito.

En el momento en que el granjero Hogget se asomó, un hombre se inclinaba y sacaba al cerdo del redil. Lo sostuvo con las dos manos, frunciendo el ceño y apretando los labios muy pensativo, mientras el animal no dejaba de patalear como un loco y de chillar como un demonio. En cuanto lo dejó, el animal se quedó callado. Su mirada brillante e inteligente se cruzó con la del granjero, y ambos se observaron mutuamente.

Uno vio a un hombre delgado de piernas muy largas y rostro curtido, y el otro vio un pequeño animalito, rechoncho y rosáceo, con las piernas muy cortas.

—¡Ah, acérquese, señor Hogget! —dijo el párroco—. Nunca se sabe... Podría ser suyo por diez peniques. ¡Acierte cuánto pesa y cuando acabe el día a lo mejor se lo puede llevar a casa!

—Yo no crío cerdos —contestó el granjero Hogget. Estiró uno de sus largos brazos y le dio una rascadita al animal en la espalda. Luego, con mucha suavidad, lo levantó hasta su cara y se quedó mirándolo. El animalito permaneció quieto sin hacer ningún ruido.

—Esto tiene gracia —comentó el párroco—. Hasta ahora, todas las veces que alguien lo ha cogido se ha puesto a chillar como un loco. Parece que usted le cae bien. Tendrá que hacer una apuesta.

El granjero Hogget volvió a depositar al cerdito en su redil con mucho cuidado, y con mucho esmero sacó una moneda de diez peniques de su bolsillo y la lanzó a la caja de cartón. Luego, pasó el dedo atentamente por la lista de apuestas que el párroco había apuntado en su cuaderno.

—Hay de todo —dijo éste—, desde diez hasta veinte kilos. —Anotó «Señor Hogget» en su cuaderno y esperó, lápiz en mano.

Una vez más, muy lenta y pensativamente, el granjero volvió a levantar al cerdito.

Una vez más, éste permaneció quieto y en silencio.

—Quince kilos —afirmó el granjero Hogget, dejándolo otra vez en el suelo—. Y cien gramos —añadió.

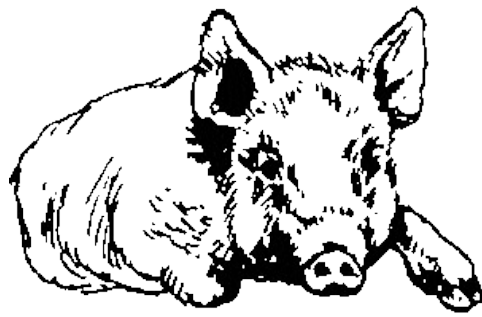
—Quince kilos y cien gramos. Gracias, señor Hogget. Pesaremos a este jovenzuelo a eso de las cuatro y media de la tarde.

—Para entonces me habré ido.

—Bueno, siempre se le puede llamar por teléfono. Si es que tiene la suerte de ganar.

—Yo nunca gano nada.

Mientras cruzaba el prado a su regreso, el chillido del cerdo rasgó nuevamente el aire: alguien estaba haciendo su apuesta.

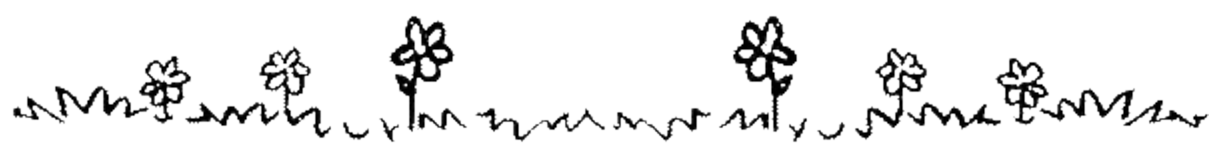


—Tú nunca ganas nada —dijo la señora Hogget a la hora del té después que su marido, en muy pocas palabras, le hubo explicado las cosas—, aunque muchas veces he pensado que me gustaría tener un cerdo. Podríamos criarlo con las sobras, y estaría a punto para las Navidades. Imagínate, dos buenos jamones, dos tiras de tocino, chuletas de cerdo, riñones, hígado, tripas, manilas de cerdo, su sangre para hacer el pudin negro... Ah, el teléfono.

El granjero Hogget respondió a la llamada.

—¡Oh! —fue todo lo que dijo.







2

Eh, ¿te gusta?

En el patio de la granja, Fly, la perra *collie* blanca y negra, iniciaba el entrenamiento de sus cachorros. Hacía ya un tiempo que venían mostrando un interés innato por todo lo que se movía, apartándolo o trayéndolo de vuelta, haciéndolo ir a la derecha o a la izquierda; en definitiva, conduciéndolo como a un rebaño. Los cachorros habían empezado por cosas tan sencillas como escarabajos que iban de paso, pero Fly creía que ya estaban preparados para criaturas más grandes.

Ese día los puso a trabajar con los patos de la señora Hogget.

Los cachorros comenzaban a moverse ya como auténticos perros pastores: más arrastrándose que caminando, con la cabeza baja, las orejas de punta, los ojos fijos en esos patos que graznaban malhumorados cuando los manejaban de un lado a otro del patio.

—Buenos chicos —dijo Fly—. Dejadlos de momento. Aquí viene el jefe.

Los patos se marcharon refunfuñando al estanque mientras los cuatro perrillos observaban al granjero Hogget, que bajaba del Land Rover. Estaba sacando algo de una caja que había en la parte de atrás, y ahora lo llevaba a los establos.

—¿Qué era eso, mami? —quiso saber uno de los cachorros.

—Era un cerdo.

—¿Qué va a hacer el jefe con él?

—Comérselo cuando sea lo bastante grande —contestó la madre.

—¿Nos comerá también a nosotros cuando seamos lo bastante grandes? —preguntó otro, muy nervioso.

—Por suerte no —lo tranquilizó ella—. Los humanos sólo comen animales tontos, como las ovejas, las vacas, los patos y los pollos. No se comen a los inteligentes como nosotros.

—Entonces ¿es que los cerdos son tontos? —dedujeron los cachorros.

Fly vaciló. Por un lado, el hecho de haber nacido y vivido en un país de ovejas no le había permitido conocer personalmente a ningún cerdo. Por otro, como casi todas las madres, no quería parecer una ignorante ante sus hijos.



—Sí —dijo—. Son tontos.

En ese instante se oyó a través de la ventana de la cocina el estallido de una retahíla de palabras similar a la descarga de una ametralladora, a la cual siguió una brevísima respuesta desde los establos, y el granjero Hogget salió y cruzó el patio con sus grandes zancadas en dirección a la casa.

—Vamos —dijo la madre de los cachorros—. Os lo enseñaré.

El suelo de los establos llevaba muchos años sin sentir un casco de caballo, pero era un sitio muy útil para guardar cosas. Las gallinas merodeaban por allí buscando algo que comer y a veces ponían sus huevos en los viejos pesebres de madera; las golondrinas hacían sus nidos en las vigas del techo con el barro que recogían en el estanque de los patos; y las ratas y ratones vivían felices bajo su cobijo hasta que los gatos de la granja ponían fin a su dicha. En un extremo de los establos había dos jaulas grandes con los laterales hechos a base de tablones y rematadas en lo alto con barras de hierro. En una de ellas dormían Fly y sus cachorros. En la otra se ponían a veces las ovejas enfermas. Era aquí donde el granjero Hogget había encerrado al cerdito.

Un buen montón de balas de paja les permitió a los cachorros trepar para mirar a través de los barrotes de la jaula.

—La verdad es que parece tonto —comentó uno de los perros, bostezando.

Al oír su voz, el cerdito levantó la vista rápidamente, ladeó la cabeza y se quedó mirando a los perros con ojos penetrantes. Cuando Fly vio a este animalillo tan solo en medio de la espaciosa jaula, su tierno corazoncito se conmovió. Ya estaba arrepentida de haber dicho que los cerdos eran tontos, pues ciertamente éste no parecía serlo. Había algo noble en su forma de mantenerse tranquilo en un lugar extraño, enfrentado a animales desconocidos. Qué distinto de esas cabezas de chorlito de las ovejas, que en cuanto veían a un perro salían corriendo gritando «¡El lobo! ¡El lobo!»...

—Hola —saludó—. ¿Quién eres?

—Soy un Blanco Grande —respondió el cerdo.

—¡Caramba! —exclamó uno de los cachorros—. Si eso es un blanco grande, ¿qué será uno pequeño? —Y los cuatro se rieron disimuladamente.

—¡Callaos! —ordenó Fly—. Acordaos de que hace tan sólo cinco minutos ni siquiera sabíais lo que era un cerdo. —Y volviéndose al cerdito le dijo amablemente—: Supongo que estás hablando de tu raza. Lo que quiero decir es cómo te llamas.

—No sé —contestó el cerdito.

—Bueno, entonces, ¿cómo te llamaba tu mamá para diferenciarte de tus hermanos? —preguntó Fly, e inmediatamente se arrepintió de haber hecho la pregunta, pues la sola mención de su familia entristeció visiblemente al animal, que frunció su frentecita, tragó saliva y con voz temblorosa respondió:

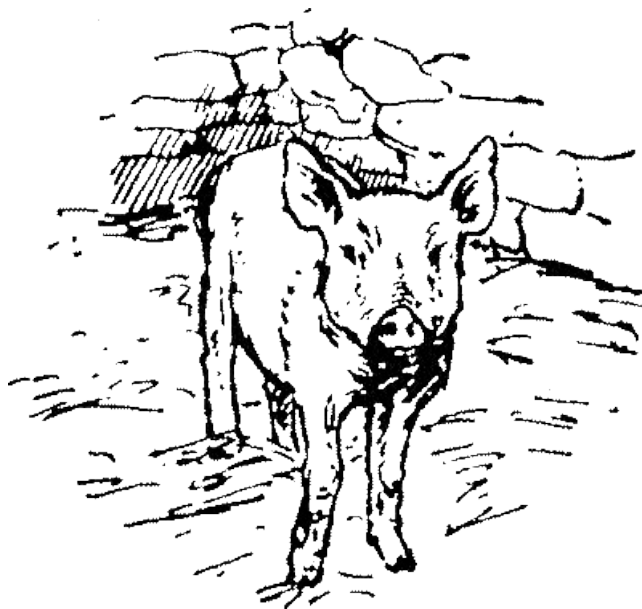
—Nos llamaba a todos igual.

—¿Y cómo os llamaba, querido?

—Babe —dijo el cerdito, y los cachorros empezaron a reírse hasta que su madre los hizo callar con un bufido.

—Es un nombre muy bonito —afirmó ella—. ¿Quieres que te llamemos así? Hará que te sientas más como en casa.

Pero estas últimas palabras hicieron que el cerdito pusiera una cara aún más triste.



—Quiero ir con mi mamá —dijo en voz muy bajita.

En ese mismo instante, la mamá *collie* decidió adoptar a este desgraciado cachorro.

—Id a jugar al patio —indicó a sus cachorros. Luego se subió a lo alto de los montones de paja y saltó entre los barrotes para caer en la jaula al lado del cerdito.

—Escucha, Babe —dijo—. Tienes que ser un chico valiente. Todo el mundo tiene que aprender a salir de las faldas de su mamá; forma parte del hecho de crecer. Yo lo hice cuando tenía tu edad, y mis cachorros pronto tendrán que separarse de mí. Pero yo cuidaré de ti. Si quieres, claro. —Acto seguido, le lamió el morrito con la lengua, roja y cálida, meneando su peludo rabo—. Eh, ¿te gusta?

Poco después, el granjero Hogget entró en los establos con su mujer para enseñarle su premio.

Se asomaron a la jaula y, sorprendidos, vieron a Fly acunando al cerdito. Agotado por los acontecimientos del día, el animalito había caído dormido en el regazo de su recién encontrada madre adoptiva.

—¿Has visto eso? —exclamó la señora Hogget—. La vieja Fly se hace la madre de todos: de los gatos, de los patos, de los polluelos... Cuida de todos ellos, y ahora sólo faltaba este cerdo. ¿No es precioso? Qué buena pinta tiene, seguro que no sabe cómo va a acabar, pero se hará grande y nos alegraremos de ver sus tocinos, o sus jamones, ¿verdad que sí? Sólo que me pregunto si podré meter tanta cosa en el congelador.

—Una pena, la verdad —dijo el granjero Hogget como distraído.

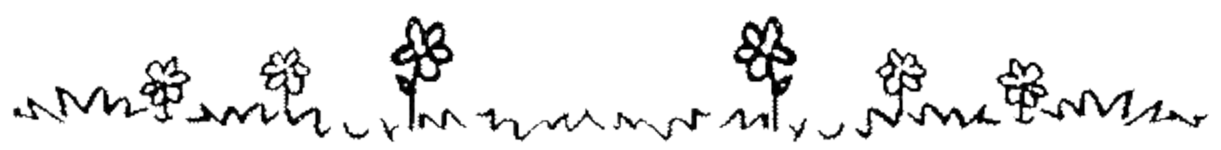
La señora Hogget volvió a su cocina meneando la cabeza todo el tiempo mientras cruzaba el patio, sólo de pensar en lo blando que su marido tenía el corazón.

El granjero abrió la jaula y, para ahorrarse el esfuerzo de pronunciar una palabra, llamó a la perra chascando los dedos.

En cuanto Fly se movió, el cerdito despertó y fue detrás de ella, tan cerca que le rozaba la cola con su morrito. La sorpresa obligó al granjero Hogget a hablar.

—¡Fly! —dijo, atónito. La perra, tan obediente como siempre, giró y se acercó a él trotando. Lo mismo hizo el cerdito—. ¡Siéntate! —dijo el granjero. Fly se sentó, y Babe se sentó. El granjero se rascó la cabeza, sin saber qué decir.







3

¿Por qué yo no puedo aprender?

Por la noche el granjero Hogget ya estaba convencido de que, le gustara o no, Fly no tenía cuatro hijos sino cinco.

Durante toda aquella tarde de verano, Babe había seguido a Fly por el patio, la casa y los graneros. A ojos del granjero, se trataba de un paseo sin propósito alguno, pero en realidad no era así. De hecho, era una visita guiada. Fly sabía que, para que este hijo adoptivo pudiera gozar de libertad y de la constante protección de su compañía, que evidentemente él tanto anhelaba, debía aprender deprisa a moverse por el lugar (y estaba claro que lo hacía); y también sabía que debía aprender a comportarse como un buen perro, lo mismo que habían aprendido sus cachorros.

—Puede que seas un cerdo, Babe —le había dicho al principio—; pero, si haces lo que te digo, no me extrañaría nada que el jefe te dejara corretear con nosotros en lugar de tenerte encerrado. El jefe es un hombre bondadoso.

—Lo sé —contestó Babe—. Lo sé desde la primera vez que me cogió en sus manos. Lo sentí. Sabía que él no me haría daño.

—Espera... —empezó a decir uno de los cachorros, y de repente calló al oír el gruñido de enfado de su madre. Aunque Fly no dijo nada, sus cuatro hijos supieron inmediatamente por instinto lo que quería advertirles.

—¿Esperar a qué? —preguntó Babe.

—Eh... espera medio segundo y te llevaremos por ahí a enseñarte todo —se apresuró a decir el primer cachorro—, ¿a que sí, mamá?

Fue así como Babe vio todo lo que había en los patios y en las construcciones de la granja, y le presentaron a todas las criaturas que vivían en los alrededores: los patos, los pollos y otras aves, y también los gatos de la granja. Pero no vio ovejas, porque todas estaban en el campo.

Sólo en la primera hora aprendió varias lecciones útiles que los cachorros habían aprendido antes que él: que los gatos arañan y las gallinas pican, que darle la espalda a un pavo significa que

te morderá el trasero, que no se debe perseguir a los polluelos y que los huevos no se comen.

—Haz lo que yo haga y todo irá estupendamente —concluyó Fly, y se quedó pensativa unos momentos—. Sin embargo, Babe, hay una cosa —añadió mirando la puerta trasera de la granja— que debes saber: si yo atravieso esa puerta, tú me esperas fuera, ¿entiendes?

—¿Es que los cerdos no pueden entrar? —preguntó Babe.

—Los vivos, no —dijo uno de los cachorros, pero lo hizo para sus adentros.

—No, querido —respondió Fly. «Bueno, todavía no», pensó Fly, «pero, tal como avanzas tú, no me sorprendería nada. Tiene gracia lo orgullosa que me siento de él por lo deprisa que aprende. Tan deprisa como cualquier perro pastor».

Esa noche, la jaula en la que Babe había sido depositado al principio estaba vacía. En la jaula contigua dormían juntos los seis animales encima de la paja. Aunque no se lo había dicho a su esposa, el granjero Hogget no había tenido valor para encerrar al cerdito al ver lo feliz que estaba en compañía de los perros, aunque éstos al principio no se habían alegrado tanto ante la idea de tenerlo con ellos.

—¡Mamá, nos mojará la cama! —habían protestado.

—Tonterías —dijo Fly, y se volvió hacia el cerdito—. Si quieres hacer algo, querido, tienes que salir fuera, como un buen chico.

«Casi digo buen perrito», pensó. «¿Qué voy a decir después?».

En realidad, en los días siguientes Babe se volvió tan canino (con tanto ir a donde iba Fly, y sentarse a su lado y preferir la comida para perros a cualquier otra que se le ofrecía) que, cuando le acariciaba el lomo, el granjero Hogget pensó varias veces que iba a encontrar una cola de perro. No lo habría sorprendido que hubiera tratado de acompañar a Fly cuando él la llamaba para ir a hacer la ronda matinal, pero se quedaba siempre en los establos jugando con los cachorros.

—Quédate un rato con los pequeños, Babe —había dicho Fly—, mientras yo voy a ver a las ovejas. No tardaré mucho.

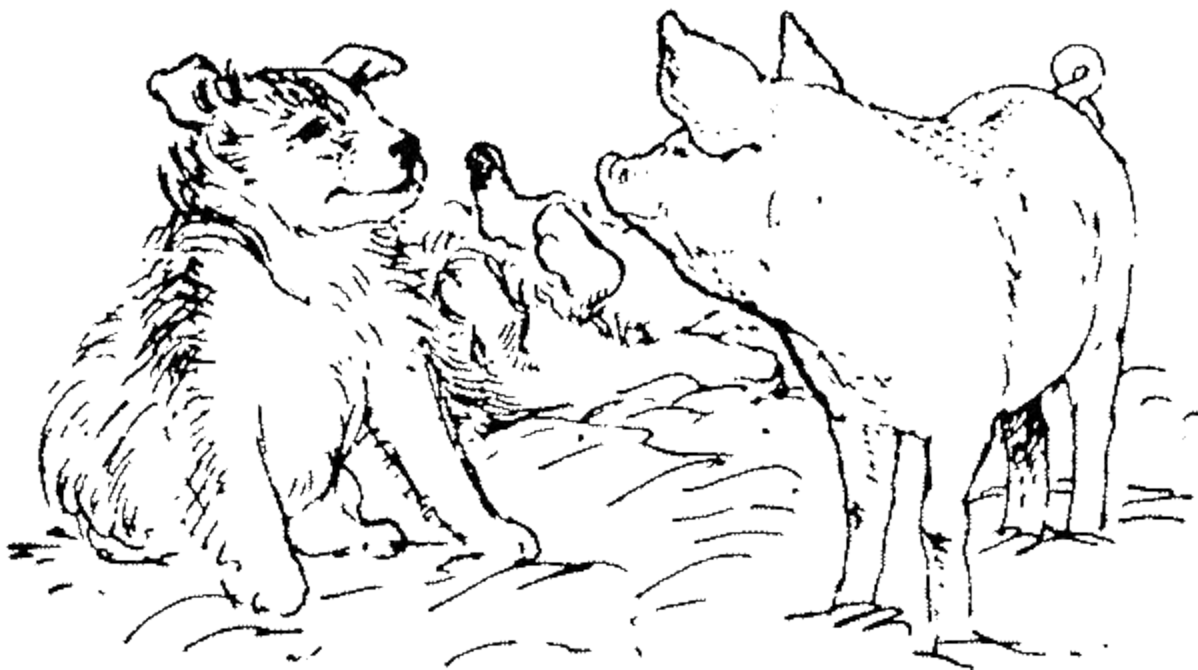
—¿Qué es una oveja? —preguntó el cerdito cuando ella se hubo ido.

Los cachorros se revolcaron en la paja.

—¿Es que no lo sabes, Babe tonto? —se burló uno de ellos.

—Las ovejas son animales con abrigos de lana muy gordos —explicó otro.

—Y cabezas de lana muy gruesa.



—Y los hombres no pueden cuidar de ellas sin la ayuda de perros como nosotros —añadió el cuarto.

—¿Por qué os necesita? —quiso saber Babe.

—¡Porque nosotros somos perros pastores! —gritaron todos al unísono, y salieron corriendo al patio.

Babe pensó en este asunto de las ovejas y los perros pastores muchas veces durante las dos primeras semanas de vida en la granja de los Hogget. En ese tiempo, los cachorros de Fly, que ya tenían edad para marcharse de casa, se habían puesto en venta, y Fly estaba ansiosa por enseñarles todo lo que pudiera antes de que salieran al mundo exterior. Todos los días les hacía practicar con los patos mientras Babe se sentaba a su lado y observaba con interés. Y todos los días los perritos mejoraban sus habilidades, y los patos perdían peso junto con la paciencia.

Después, uno tras otro, llegaron cuatro granjeros, cuatro hombres de piernas largas que olían a oveja. Y cada uno escogió un cachorro y pagó por él, mientras Fly permanecía sentada viendo cómo sus hijos se iban para empezar su vida laboral.

Como siempre, sentía una punzada cada vez que se iba uno. Pero esta vez, cuando se marchó el último, ella no estaba sola.

—Es hermoso, querido —le dijo a Babe—. Todavía te tengo a ti.

«Pero no por mucho tiempo», pensó. «Pobrecillo, en seis meses poco más o menos estará listo para el matadero. Pero al menos él no lo sabe». Y miró afectuosamente a este hijo adoptivo que ahora la llamaba «mamá». Naturalmente, se le había pegado de los cachorros, pero se sentía complacida al oírlo, ahora más que nunca.

—Mamá —dijo Babe.

—¿Sí, cariño?

—Se han ido a trabajar con las ovejas, ¿verdad?

—Sí, cariño.

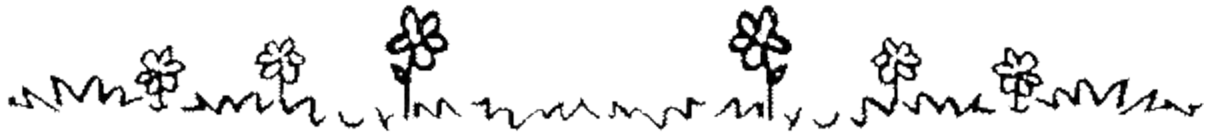
—Porque son perros pastores. Como tú. Tú ayudas al jefe, ¿verdad?, porque eres una perra pastora.

—Sí, cariño.

—Oye, mamá.

—¿Qué quieres, cariño?

—¿Por qué yo no puedo aprender a ser un cerdo pastor?





4

Eres un jovencito muy atento

Cuando se hubo marchado el último de los cachorros, los patos respiraron de alivio. Esperaban con ansiedad poder disfrutar de un día de tranquilidad y no prestaron atención cuando, a la mañana siguiente, Fly y Babe bajaron al estanque y se sentaron a observarlos mientras ellos chapoteaban y se zambullían en sus verdes y turbias profundidades. Sabían que la vieja perra no los molestaría, así que no se fijaron en la extraña criatura que tenía a su lado.

—Dentro de un minuto saldrán del agua y se irán al patio —dijo Fly—. Si quieres puedes intentar darles alcance por la espalda.

—¡Ah, sí, por favor! —exclamó Babe entusiasmado.

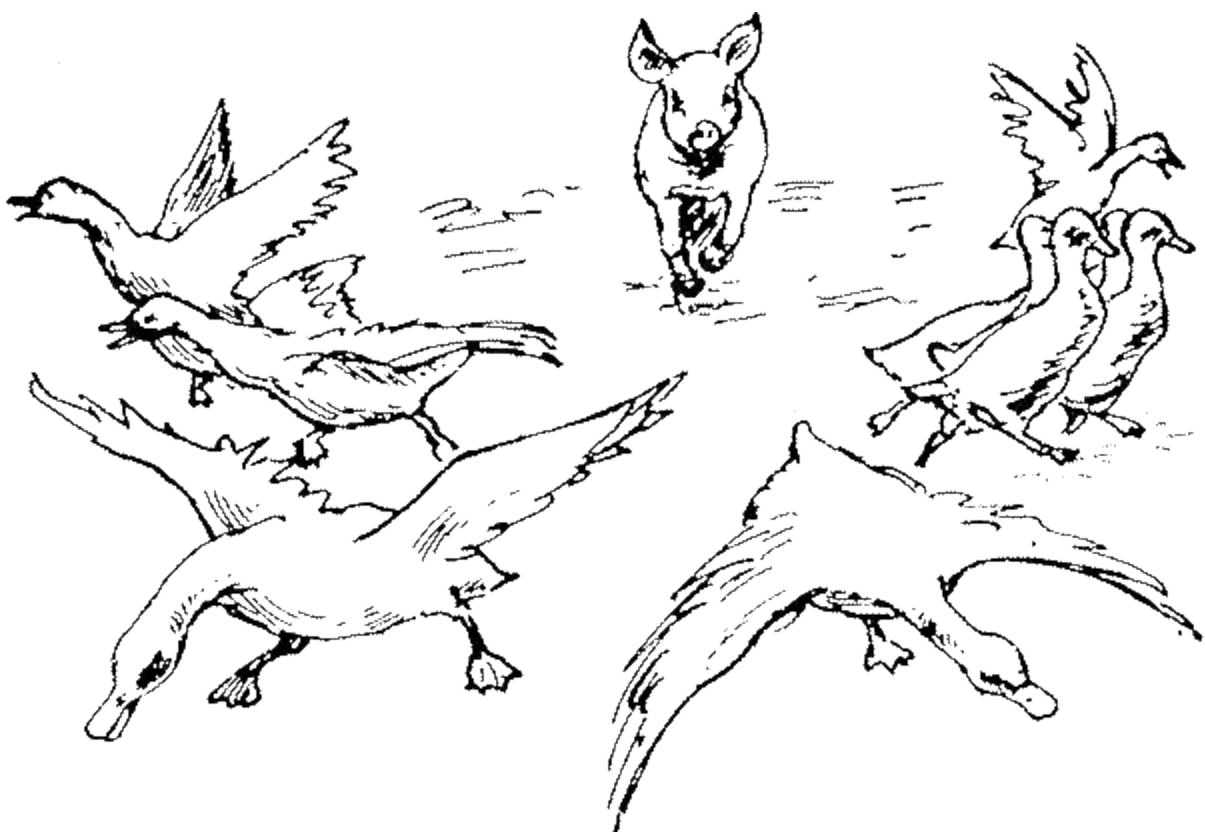
La perra *collie* lo miró tiernamente. «Un verdadero cerdo pastor», pensó. «¡Qué cosas! Sólo con verlo, el rebaño podría ir a parar al próximo condado. El caso es que nunca podrá acercarse a las ovejas con esas patitas tan cortas. Dejemos que se entretenga con los patos uno o dos días y luego se olvidará».

Cuando los patos salieron del agua y pasaron ruidosamente en fila por delante del cerdo, Fly casi esperaba que saliera tras ellos, como solían hacer casi todos los cachorros al principio. Pero no; vio que se quedaba muy quieto, con las orejas agachadas y mirándola a ella.

—Muy bien —dijo Fly—. Veamos qué tal lo haces. Primera lección. Tienes que situarte detrás de ellos, tal como hago yo con las ovejas. Si el jefe quiere que me ponga a la derecha de ellas (el lado de los establos), me dice «Lejos de mí». Si quiere que vaya a la izquierda (es decir, del lado del granero), me dice «Junto». ¿Está claro?

—Sí, mamá.

—De acuerdo, entonces. ¡Lejos de mí, Babe! —ordenó Fly bruscamente.



Al principio, como era de esperar, los esfuerzos de Babe tuvieron poco éxito. No tenía problemas para rodear a los patos —incluso con su curiosa manera de correr era más rápido que ellos—, pero eso de llevar a toda la manada hasta Fly le parecía difícilísimo. O los presionaba demasiado hasta que rompía el grupo y los patos se dispersaban por todo el lugar, o era demasiado blando y no se acercaba lo suficiente, y ellos se alejaban anadeando en pares o tríos.

—Ven a descansar un poco, cariño —gritó Fly al cabo de un rato—. Deja solos a esos tontos. No vale la pena que te disgustes por ellos.

—No estoy disgustado, mamá —aseguró Babe—. Sólo confundido. O sea, les dije lo que quería que hicieran pero no me hicieron ningún caso. ¿Por qué?

«Porque no has nacido para ello», pensó Fly. «No tienes instinto para dominarlos, para obligarlos a hacer lo que tú quieres».

—Eso es sólo los primeros días, cielo —dijo ella.

—¿Crees que si se lo pido amablemente...?

—¿Pedírselo amablemente? ¡Qué idea! Imagínate a mí haciendo eso con las ovejas. «Por favor, ¿os importaría entrar por la puerta?». «¿Haríais el favor de ir al redil?». Oh, no, por Dios. Así no vas a llegar a ninguna parte. Tienes que decirles lo que deben hacer, no importa que sean patos u ovejas. Ellas son estúpidas y los perros son inteligentes; eso es lo que tienes que recordar siempre.

—Pero yo soy un cerdo.

—Los cerdos también son inteligentes —afirmó Fly convencida. «Pedírselo amablemente», pensó. «¿Qué vendrá a continuación?».

Lo que ocurrió a continuación fue que, a la mañana siguiente, Babe conoció a la primera oveja.

El granjero Hogget y Fly habían hecho la ronda al rebaño y, cuando volvían, Fly iba delante azuzando a una oveja vieja y coja, que pusieron en la misma jaula en la que antes había estado Babe. Después volvieron a subir la colina.

Babe se dirigió a los establos deseando ver al primero de estos animales con los que pensaba poder trabajar algún día, pero no pudo asomarse al techo de la jaula. Husmeó por debajo de la puerta, y del interior le llegó una tos y el golpe seco de una pezuña, y luego oyó una voz ronca y quejumbrosa:

—¡Lobos! ¡Lobos! —decía la voz—. Nunca dejan en paz a nadie. Todo el día dando la lata. Ve aquí, ve allá, haz esto, haz lo otro. ¿Qué quieres tú ahora? ¿Es que no me puedes dejar tranquila, lobo?

—Yo no soy un lobo —contestó Babe por debajo de la puerta.

—Ah, sí, te conozco —replicó irónicamente la oveja—. Te haces llamar perro pastor, lo sé, pero a nosotras no nos engañas. Eres un lobo como los demás, sólo que a medias. Nos miras y no ves más que chuletitas de cordero. Largo de aquí, lobo.

—Pero es que tampoco soy un perro pastor —insistió Babe, subiéndose encima de las balas de heno y asomándose entre los barrotes—. ¿Lo ves?

—¡Que me zurzan —exclamó la vieja oveja, levantando la vista— si lo que veo es verdad! ¿Qué eres?

—Un cerdo —respondió Babe—. Blanco grande. ¿Qué eres tú?

—Una oveja —contestó ella.

—Sí, pero ¿qué eres?

—La mujer del carnero.

«Mamá tenía razón», pensó Babe. «Verdaderamente las ovejas son tontas. Pero, si tengo que aprender a ser cerdo pastor, he de intentar comprenderlas, y ésta puede ser una buena ocasión. Quizás pueda hacer amistad con ella».

—Me llamo Babe —se presentó con voz alegre—. ¿Cómo te llamas tú?

—Beee —dijo la oveja.

—Bonito nombre. ¿Qué te pasa, Be?

—Tengo mal la pezuña —explicó la oveja, levantando una pata—. Y encima he pillado un maldito catarro. —Tosió—. Y ya no soy tan joven.

—A mí no me pareces vieja —comentó amablemente Babe.

Una expresión de placer cambió el triste semblante de la oveja, que se tumbó en la paja.

—Muy educado de tu parte decir eso —respondió la oveja—. Es la primera palabra amable que me han dicho desde que era una corderita. —Regurgitó sonoramente y empezó a rumiar lo que tenía en la boca.



Aunque no sabía muy bien por qué, Babe no le comentó nada a Fly acerca de esta conversación con Be. El granjero Hogget había tratado la pezuña de la oveja y le había administrado un jarabe a su protestona garganta, y ahora, al caer la noche, perra y cerdo dormían juntos y su sueño sólo era interrumpido de vez en cuando por los crujidos que llegaban de la jaula contigua. Después de haber visto al menos una oveja, los sueños de Babe se plagaron en seguida de criaturas, todas cojas, todas tosiendo; todas, como los patos, escabullándose como locas ante sus intentos de reunirías.

«Ven aquí, ve allá, haz esto, haz lo otro», chillaba él, furioso. Pero no le hacían ningún caso, y así continuó hasta que el sueño se convirtió en pesadilla y todas ellas fueron tras él brincando y dando coces y balando, con una mirada de odio en sus furibundos ojos amarillos.

—¡Mamá! ¡Mamá! —gritó Babe aterrorizado.

—¡Bee! —dijo otra voz en la jaula de al lado.

—Tranquilo, cariño, no pasa nada —dijo Fly—. ¿Has tenido una pesadilla?

—Sí, sí.

—¿Qué estabas soñando?

—Soñaba con ovejas, mamá.

—Supongo que es por culpa de esa estúpida vieja que hay ahí al lado —dijo Fly—. ¡Cállate, vieja loca alborotadora! —ladró. Y, volviéndose a Babe, le indicó—: Arrímate a mí, cariño, y vuelve a dormir. No hay nada que temer.



Y le lamió el morrito hasta que empezó a oír una serie de ronquidos normales. «Un cerdo pastor, verdaderamente», pensó. «¿Por qué el muy tonto tiene miedo de esos bichos?». Apoyó la nariz en su pata y se dispuso a dormir.

Babe durmió profundamente el resto de la noche y despertó más decidido que nunca a

aprender todo lo que pudiera acerca de su nueva vecina. En cuanto Fly se fue a hacer su ronda, se subió al montón de paja.

—Buenos días, Be —la saludó—. Espero que hoy te encuentres mejor.

La vieja oveja levantó la vista. Babe se alegró al ver que en sus ojos no había rabia ni odio.

—Tengo que decirte que eres un jovencito muy atento —dijo ella—. No como esa loba que se puso a gritarme a plena noche. Nunca esperes ningún respeto de ellos. Te tratan como a basura y te muerden sólo con que los mires.

—¿De verdad?

—Oh, sí. Te muerden el corvejón si andas un poco despacio. Y algunos de ellos son incluso peores.

—¿Peores?

—Oh, sí. ¿Nunca has oído hablar de la preocupación?

—Yo no me preocupo mucho.

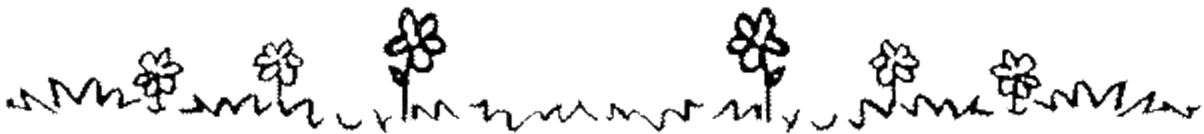
—No, no, jovencito. Me refiero a la preocupación ovejuna. Tendrías que ver cómo los lobos persiguen a las ovejas y las matan.

—¡Ah! —exclamó Babe, horrorizado—. Estoy seguro de que Fly nunca haría eso.

—¿Quién es Fly?

—Es mi ma... Es la perra de aquí, la que te trajo ayer.

—¿Es así como se llama? No, ella no es motivo de preocupación, pero es una grosera. Todos los lobos son groseros con nosotras las ovejas, ¿sabes? Siempre lo han sido. Nos ladran, nos acosan, nos muerden y nos llaman tontas. Y nosotras no somos tontas; simplemente es que nos aturden. Si mostraran un poco de cortesía y nos trataran con algo de decencia... Ahora bien, si tú salieras al campo, un jovencito bueno y educado como tú, y me pidieras que fuera a algún sitio o que hiciera algo, educadamente, yo estaría encantada de hacerlo.





5

¡Sigue gritando, jovencito!

La señora Hogget meneó la cabeza al menos una docena de veces.

—Te juro por mi vida que no entiendo por qué dejas a ese cerdo que corra por todos lados como le viene en gana, persiguiendo a mis patos, metiendo las narices en todo... A veces pienso que, antes de que pase mucho tiempo, estará saliendo con Fly y contigo para llevar a las ovejas. ¿Por qué no lo encierras? Va a perder la poca carne que eche y no va a estar bien cebado para la Navidad. Con suerte lo estará para Semana Santa. ¿Cómo dices que lo llamas?

—Sólo Cerdo —respondió el granjero Hogget.

Había pasado un mes desde la feria del pueblo; un mes en el que a Babe le habían sucedido un montón de cosas interesantes. Lo que quizás más iba a influir en su futuro, aunque él no lo sabía, era que el granjero Hogget se había encariñado con él. Le gustaba ver al cerdito correteando alegremente por el patio en compañía de Fly, sin meterse en líos, a su juicio, ya que lo de guiar a los patos no contaba para nada. Y lo hacía con bastante habilidad, observó el granjero, hasta el punto de que una vez fue capaz de separar a los patos blancos de los castaños, aunque a lo mejor había sido de chiripa. Cuanto más pensaba el granjero Hogget, menos le gustaba la idea de hacer embutidos de él.

Los otros avances tenían que ver con su educación. A pesar suyo, Fly descubrió que se emocionaba y se sentía orgullosa de poder enseñarle las costumbres del perro pastor, aunque desde luego sabía que nunca sería lo bastante rápido para trabajar con las ovejas. De todos modos, el jefe nunca le dejaría intentarlo.

En cuanto a Be, había vuelto al rebaño con la pezuña ya curada y mejorada de su catarro. Pero, durante el tiempo que había pasado encerrada en la jaula, Babe iba a charlar con ella siempre que Fly salía de los establos. Ahora podía entender, como Fly nunca lo haría, el punto de vista de las ovejas. Añoraba el momento de poder conocer al rebaño, de ser presentado a las demás. Creía que iba a ser de lo más interesante.

—¿Crees que podré, Be? —preguntó en una ocasión.

—¿Poder qué, jovencito?

—Bueno, pues ir a visitarte cuando vuelvas con tus amigos.

—Ah. Podrías hacerlo fácilmente. Sólo tienes que colarte por debajo de la valla y subir colina arriba hasta el campo siguiendo el sendero. Pero no sé lo que dirá el granjero. O esa loba.

Una vez, Fly había entrado en silencio y lo había pescado subido en el montón de heno.

—¡Babe! —le había gritado—. No estarás hablando con esa estúpida cosa, ¿verdad?

—Pues sí, mamá, estaba hablando con ella.

—Ahórrate el esfuerzo, querido. No entenderá una sola palabra de lo que digas.

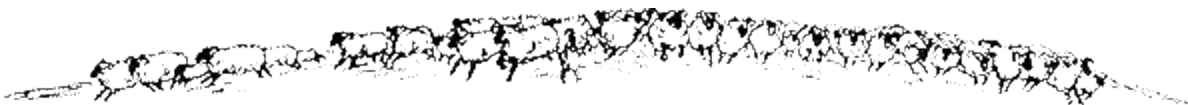
—¡Bah! —refunfuñó Be.

Durante unos momentos, Babe estuvo tentado de decir a su madre adoptiva lo que pensaba, pero algo en su interior le aconsejó que guardara silencio. En vez de eso ideó un plan. Esperaría a que ocurrieran dos cosas: en primer lugar, que Be volviera a vivir con el rebaño; y después, que llegara un día de mercado en el que su jefe y su madre no estuvieran en la granja. Ese día subiría al campo.

A finales de la semana siguiente se habían dado las dos cosas. Be había sido devuelta al rebaño y, dos días después, Babe vio cómo Fly saltaba a la parte trasera del Land Rover, que luego se alejó por el patio y desapareció.

Pero los ojos de Babe no eran los únicos que observaban esta partida. En lo alto de la colina había un camión de ganado, medio escondido bajo un grupo de árboles al pie del camino. En cuanto el Land Rover desapareció de la vista por la carretera en dirección a la ciudad, un hombre saltó y abrió la valla de la finca para que el conductor del camión diera marcha atrás y bloqueara la puerta.

Entre tanto, Babe corría emocionado colina arriba dispuesto a visitar el rebaño. Llegó a la valla que rodeaba el campo y se coló por debajo de ella. Era un campo ondulado, y al principio no pudo ver oveja alguna. Pero luego escuchó un pataleo distante de pezuñas y de repente vio que todo el rebaño venía galopando hacia él desde lo alto de la colina. A ambos lados del rebaño vio a dos extraños *collies*, unos perros silenciosos y flacos que parecían deslizarse sin esfuerzo por la hierba. Desde arriba llegó el sonido de un agudo silbido, y al oírlo ambos perros, en íntima camaradería, rodearon a las ovejas y empezaron a conducir las de nuevo cuesta arriba.



A pesar de sí mismo, Babe quedó atrapado en medio de las ovejas, sus empellones y sus balidos, y fue arrastrado con ellas. A su alrededor todo era un coro de voces protestonas y jadeantes, algunas chillonas, otras roncas, otras profundas y guturales, pero todas ellas diciendo lo mismo.

—¡El lobo! ¡El lobo! —gritaba el rebaño en loca confusión.

Pequeño en comparación, y paticorto, Babe no tardó en quedarse atrás del grueso del grupo, y cuando las ovejas llegaron a lo alto de la colina se dio cuenta de que era el último en compañía de

una oveja vieja que gritaba «¡Lobo!» más alto que todas las demás.

—¡Be! —exclamó casi sin aliento—. ¡Eres tú!

Tras ellos, un perro se sentó al escuchar un nuevo toque de silbato. Delante, todo el rebaño se detuvo cuando el otro perro les cortó el paso. En un extremo del campo, la puerta del remolque del camión tapaba la entrada, mientras los dos hombres esperaban con brazos y palos extendidos.

—Ay, hola, jovencito —resopló la vieja oveja—. Vaya día que has ido a elegir.

—¿Qué es esto? ¿Qué está pasando? ¿Quiénes son estos hombres? —preguntó Babe.

—Cuatrerros —respondió Be—. De ovejas.

—¿Qué quieres decir?

—Ladrones de ganado, jovencito, eso es lo que quiero decir. Ladrones de ovejas. En un abrir y cerrar de ojos todos estaremos metidos en ese camión.

—¿Qué podemos hacer?

—¿Hacer? No hay nada que podamos hacer, a no ser que nos las arreglemos para burlar a esos lobos.

Hizo un intento por escapar, pero el perro que estaba detrás saltó al instante, y Be desistió.

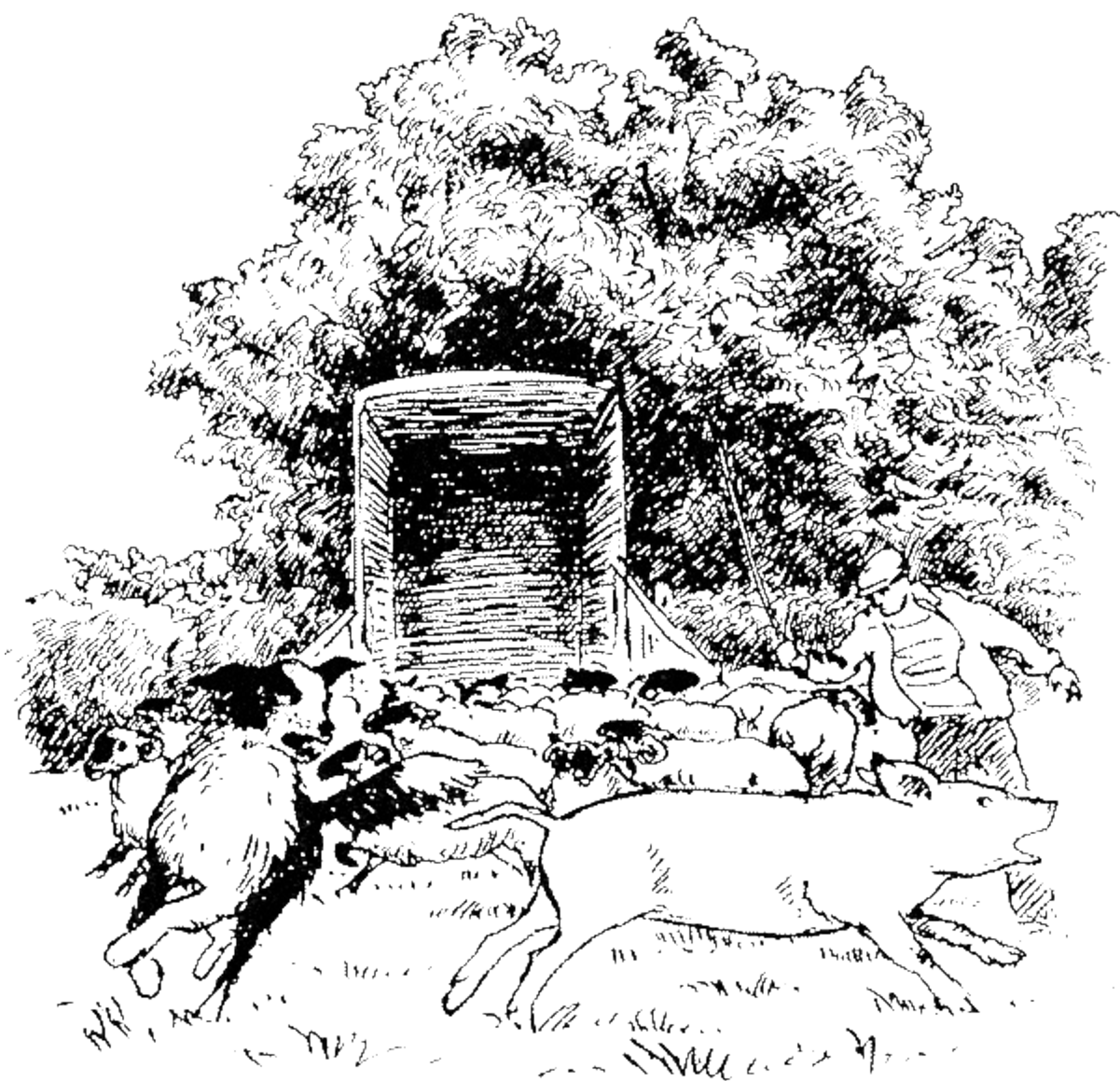
Uno de los hombres volvió a silbar, y el perro acosó. Poco a poco, empujado hacia el promontorio de tierra por el segundo perro y los hombres, el rebaño empezó a avanzar hacia delante. Los cabecillas ya estaban preparando la rampa del camión.

—Estamos perdidos —dijo Be con tristeza—. Huye, jovencito.

«Lo haré», pensó Babe, «pero no como tú te imaginas». A pesar de lo pequeño que era, de repente no sintió miedo sino rabia, una rabia furiosa porque estaban robando las ovejas del jefe. «Mi madre no está aquí para protegerlas, así que debo hacerlo yo», se dijo valientemente a sí mismo, y empezó a correr a toda velocidad por el lado de la valla donde estaba el rebaño hasta que se plantó al pie de la rampa y se volvió para mirarlas.

—¡Por favor! —gritó—. ¡Os lo pido! No avancéis más. ¡Haced el favor, queridas y sensatas ovejas!

Su inesperada aparición provocó varios efectos inmediatos. El impacto de que alguien les hablara con tanta amabilidad paró en seco al rebaño, y los gritos de «¡Lobo!» se convirtieron en murmullos de «¿No es un encanto?» y «¡Qué caballerito tan correcto!». Be les había contado algo de su nuevo amigo, y el hecho de verlo ahora en vivo y escuchar sus bien escogidas palabras liberó a las ovejas del dominio de los perros. Empezaron a agitarse y a buscar una ruta por donde poder huir. Ésta quedó abierta cuando los hombres (maldiciendo en voz baja, pues lo que menos querían en ese momento era hacer ruido) mandaron a uno de los perros a que alejara al cerdo. Algunas de las ovejas aprovecharon la oportunidad para escaparse por delante de ellos.



Al minuto siguiente todo era un caos. El perro corrió furioso hacia Babe, que se escabulló gritando a pleno pulmón con una mezcla de miedo y rabia. Los hombres lo rodearon con los palos en alto. Desesperado, se coló entre las piernas de uno, que cayó de bruces, mientras el otro, dando golpes a lo loco, acabó pegando al segundo perro cuando venía a ayudar y lo dejó aullando. Medio minuto después todo el plan, escrupulosamente preparado, había fracasado y las ovejas se habían dispersado por todas partes.

—¡Sigue gritando, jovencito! —gritaba Be, al tiempo que corría junto a Babe—. ¡Nunca más vendrán por aquí después de la que hemos armado!

De repente empezaron a ocurrir todo tipo de cosas mientras los ensordecedores chillidos del cerdito resonaban en el pacífico campo. Los pájaros salían espantados de los árboles, las vacas de las fincas vecinas echaron a correr sin rumbo, los perros de granjas distantes comenzaron a ladrar, los motoristas que iban de paso se paraban a mirar. En la granja de abajo, la señora Hogget escuchó el mismo sonido que había oído el día de la Feria, sólo que ahora era infinitamente más alto, más agudo, más irritante, más penetrante y «rompetímpanos» que una alarma antirrobo. Marcó el número de la policía, pero estuvo tanto tiempo hablando que, cuando llegó el coche patrulla, ya hacía rato que los ladrones habían desaparecido. Culpándose entre ellos y a los perros, los hombres se habían marchado a toda prisa sin llevarse una sola oveja que compensara su

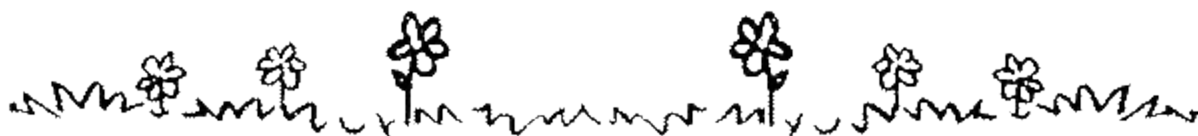
fracaso.

—¡No vas a creerlo! —exclamó la señora Hogget cuando su marido volvió del mercado—. Hemos tenido ladrones, nada más irte tú. Han venido con un camión, dice la policía; han visto las marcas de las ruedas en la entrada, y un tipo de un coche lo vio marcharse a toda prisa. Ha habido un gran escándalo, y él dio el grito de alarma. No paraba de chillar y gritar tan alto que te reventaba los oídos, y habríamos perdido todas las ovejas si no hubiera sido por él. Es a él a quien tenemos que darle las gracias.

—¿A quién? —preguntó el granjero Hogget.

—¡Pues a él! —dijo su esposa, señalando a Babe, que estaba contando a Fly todo lo sucedido—. No me preguntes cómo llegó allí o por qué lo hizo. Lo único que sé es que nos ha salvado el pellejo y ahora yo voy a salvar el suyo. Éste se queda con nosotros como un perro más, y me importa un bledo si se pone grande como una casa, porque si crees que me voy a cruzar de brazos y dejar que lo maten después de lo que ha hecho hoy por nosotros, es mejor que pienses otra cosa. ¿Qué me dices a eso?

Una sonrisa de alivio iluminó el alargado rostro del granjero Hogget.





6

¡Buen cerdito!

A la mañana siguiente, el granjero Hogget decidió comprobar si al cerdo le gustaría acompañarlo cuando fuera a hacer la ronda de las ovejas con Fly. «Estoy loco», pensó, sonriendo para sus adentros. No le dijo nada a su esposa.

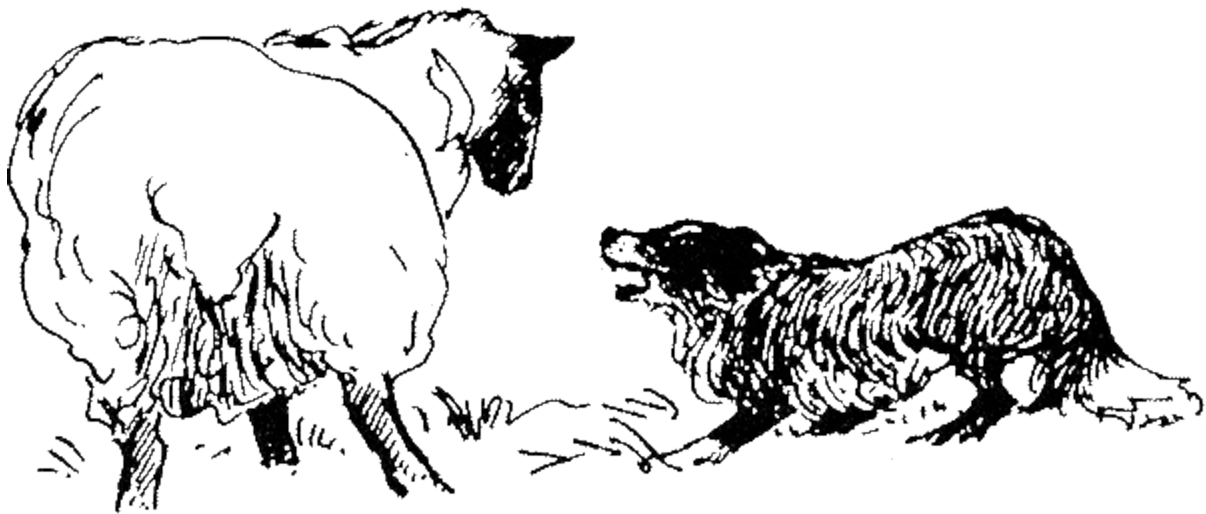
Al verlo andar por el patio, cayado en mano, y oírlo llamar a Fly, Babe se disponía a echarse una siestecita tras el desayuno cuando, asombrado, volvió a escuchar la voz del granjero.

—Ven, Cerdo —llamó el granjero Hogget, y, para su sorpresa, el cerdito fue.

—Espero que sea por lo que hiciste ayer —dijo Fly con orgullo mientras se encaminaban juntos a la cuesta—. El jefe debe de estar encantado contigo. Así podrás verme trabajar.

Cuando llegaron a la puerta de abajo, el granjero Hogget la abrió y la dejó abierta.

—Las va a llevar a la dehesa de la casa, lejos del camino —explicó Fly rápidamente—. Tú estate quieto y mantente alejado. —Y, diciendo esto, fue a sentarse al lado derecho del granjero.



—¡Junto! —gritó éste, y Fly salió corriendo cuesta arriba por la izquierda mientras las ovejas empezaban a agruparse delante de ella. Cuando se aproximó, se dirigió a ellas en su forma habitual, es decir, con brusquedad.

—¡Vamos, tontas! —gritó—. Cuesta abajo, si es que sabéis lo que eso significa. —Pero, sorprendentemente, las ovejas no obedecieron, sino que en su lugar se volvieron hacia ella e

incluso algunas cocearon y menearon la cabeza negándose a seguir sus órdenes, mientras se formaba un gran coro de balidos.

Para Fly, las palabras de las ovejas no eran más que cháchara a la que nunca había prestado atención. Pero Babe, que escuchaba desde abajo, oía claramente lo que le estaban diciendo y, aunque el grito principal era el mismo de siempre, había ahora otras voces que decían otras cosas. El contraste entre la amabilidad con que habían sido tratadas por su salvador el día anterior y la constante grosería a la que se veían sometidas por parte de Fly o de cualquier otro lobo hizo que la idea de amotinarse pasara por sus lanudas cabezas. Empezaron a oírse palabras de desafío.

—¡No tienes modales! ¿Por qué no lo puedes pedir de buenas maneras? ¡Nos tratas como a basura! —gritaron. Y una voz ronca que el cerdito reconoció dijo en voz alta—: ¡No te queremos, lobo! ¡Queremos a Babe! —Tras lo cual todas se unieron en una sola voz.

—¡Queremos a Babe! —balaron—. ¡Ba... be! ¡Baa... be! ¡Ba... be!

Las que estaban detrás empujaron a las de delante, que avanzaron uno o dos pasos más cerca de la perra.

Durante un momento, Babe pensó que Fly no iba a ser capaz de moverlas, que perdería esta peculiar batalla de poderes; pero no había tenido en cuenta sus muchos años de experiencia. Súbitamente, con la velocidad de un rayo, la perra se lanzó hacia delante con un ladrido y de un salto se plantó en las mismas narices de la primera oveja. Babe escuchó el chasquido de sus dientes y vio cómo la oveja se apresuraba a obedecer, presa del susto, un susto que se contagió de inmediato a todas las demás. Abandonando todo intento de desafío, el rebaño bajó de la colina con Fly pisándoles furiosamente los talones, y cruzaron la valla en tropel.



—¡Qué grosera! ¡Qué grosera! ¡Qué groseeee... ra! —gritaban, pero en seguida se sintieron invadidas por una sensación de pánico cuando se dieron cuenta de lo rebeldes que habían sido. ¡El castigo del lobo iba a ser terrible! Llegaron corriendo al medio de la dehesa, sin orden ni concierto, y giraron en bloque para mirar atrás, con las orejas tiesas y los ojos espantados de miedo. Resoplaban y jadeaban, y se volvió a oír la tos entrecortada de Be. Entonces vieron, extrañadas, que el lobo había salido por el portón y que al cabo de unos momentos era el cerdo el que venía trotando por uno de los laterales.

Aunque el granjero Hogget no podía imaginar qué había causado la casi rebelión del rebaño, veía claramente que por alguna razón se lo habían hecho pasar mal a Fly y que ésta estaba

enfadada. No era su estilo acarrear las ovejas de una manera tan atropellada.

—¡Calma! —dijo concisamente cuando Fly llegó a la retaguardia—. ¡Abajo! ¡Quieta! —Y cerró la puerta. El pastoreo le iba bien al granjero Hogget; no exigía hablar mucho.

En un rincón de la dehesa, más próximo a la granja, había un patio cercado, más bien pequeño, dividido en varios comederos y pasadizos a donde se llevaba a las ovejas cuando había necesidad de esquilas o de seleccionar los mejores corderos para el mercado o de tratar a los animales de diversos males. El granjero Hogget había oído la tos de la vieja oveja, y pensó que debía cogerla y administrarle otra vez el jarabe. Se volvió para dar la orden a Fly, que seguía tumbada detrás de él, y vio que a su lado, también tendido y en silencio, estaba el cerdito.

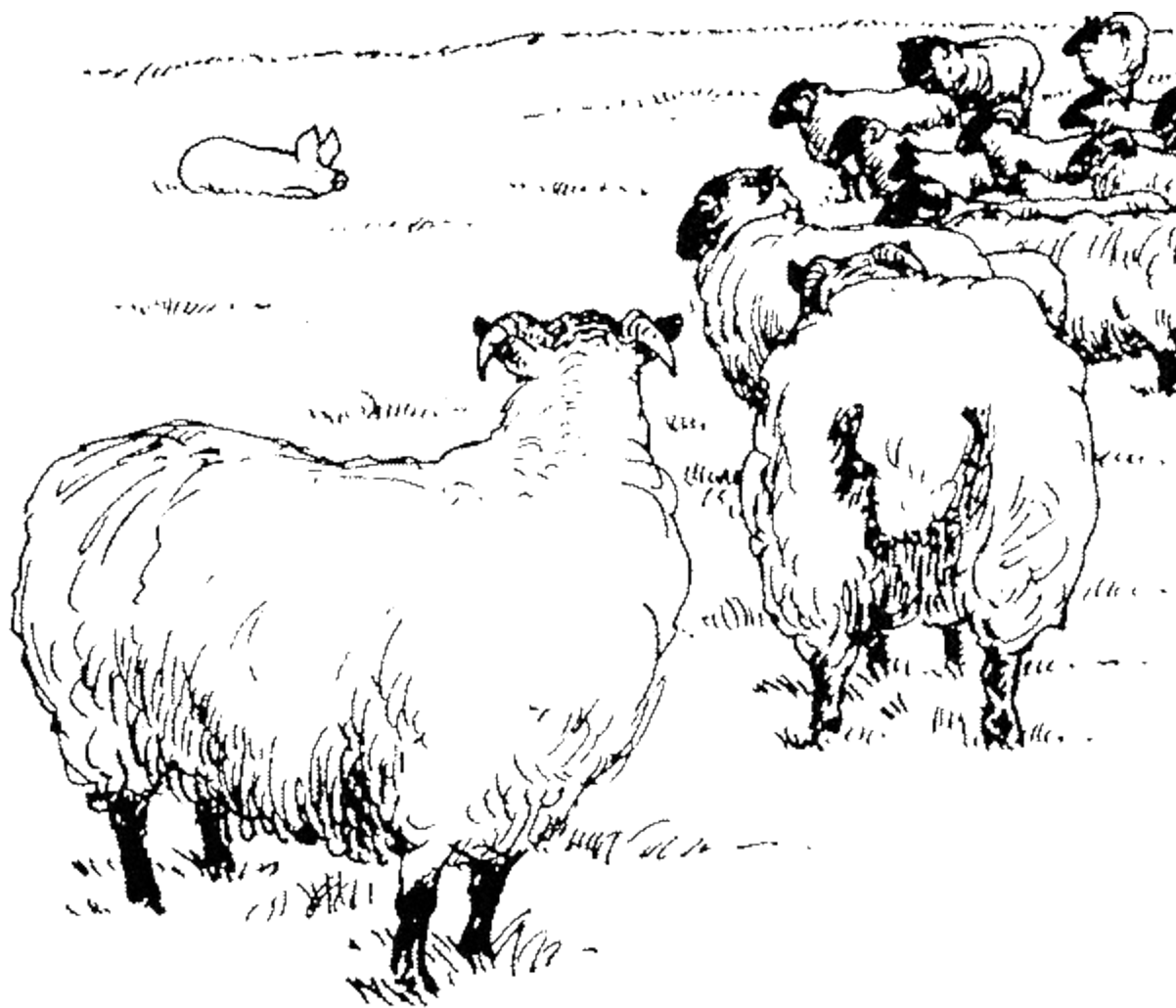
—¡Quieta, Fly! —dijo Hogget. Y añadió, por pura diversión—: ¡Ven, Cerdo!

Babe saltó de inmediato y se sentó a la derecha del jefe, con las patas delanteras muy juntas, sus grandes orejas alertas esperando la siguiente orden.

Extraños pensamientos pasaron por la mente de Hogget, y sin darse cuenta cruzó los dedos. Inspiró hondo y, conteniendo el aliento, dijo suavemente:

—¡Lejos de aquí, Cerdo!

Sin dudar un instante, Babe inició la larga carrera por la derecha.



Lo que Hogget había esperado exactamente que ocurriera, nunca después podría recordarlo con claridad. Lo que no había esperado era que el cerdito corriera hasta la retaguardia del rebaño y se

tendiera inmediatamente sin que él le hubiera dado la orden, tal como habría hecho un perro bien entrenado. Desde luego, con su curioso trote tambaleante había tardado el doble de tiempo que Fly en llegar allí, pero estaba en el lugar correcto, dispuesto y esperando. Las ovejas se habían vuelto para mirarlo de frente y estaban haciendo mucho ruido, aunque el granjero Hogget no sabía (y Fly no alcanzaba a oír) lo que estaban diciendo. Gritó al cerdo que las acarreará y empezó a andar a grandes zancadas hacia los comederos. Entre tanto, en el centro de la dehesa se había entablado una buena conversación.

—Buenos días —saludó Babe—. Espero que os encontréis todas bien, y no demasiado alteradas por la experiencia de ayer.

En seguida fue como si todas las ovejas tuvieran algo que decirle.

—¡Bendito sea tu corazón! —gritaron—. ¡Bendita sea tu alma! ¡Hola, Babe! ¡Nos alegramos de verte otra vez! —Y al final se oyó una tos carrasposa y el áspero tono de voz de Be.

—¿Qué pasa, jovencito? ¿Por qué estás aquí en lugar de ese lobo?

Aunque Babe realmente quería mantener su amistad con las ovejas, su lealtad hacia su madre adoptiva lo llevó a decir con voz contundente:

—No es una loba. Es una perra pastora.

—Ah, muy bien —dijo Be—. Una perra pastora, si lo prefieres. Entonces, ¿qué quieres?

Babe miró aquel ejército de caras largas y tristes.

—Quiero ser un cerdo pastor —contestó.

—¡Je, je! —rió un cordero grandote que estaba al lado de Be—. ¡Je, je, jeee!

—¡Cállate! —le ordenó Be muy autoritaria, meneando la cabeza para dar al cordero un topetón en un costado—. No hay nada de que reírse.

Y, levantando la voz, se dirigió al rebaño.

—Escuchadme todos, ovejas y corderos. Este jovencito fue muy amable conmigo, ya os lo dije, cuando yo me encontraba mal. Y yo le dije que, si tenía que mandarme a algún sitio o hacer algo, que lo hiciera con educación, como hizo ayer, y que yo estaría encantada de obedecerlo. Le dije que no somos animales estúpidos, y que sólo hace falta tratarnos bien para que seamos tan brillantes e inteligentes como cualquier otro animal.

—¡Y lo somos! —corearon todas las demás—. ¡Lo somos, lo somos, lo somos!

—Muy bien, entonces —dijo Be—. ¿Qué tenemos que hacer, Babe?

Babe miró al granjero Hogget, que había abierto la puerta del corral de la esquina y esperaba ahora apoyado en su cayado, con Fly a sus pies. El corral estaba en la esquina inferior izquierda de la dehesa, por lo que Babe esperaba la orden que llegó: «¡Junto, Cerdo!». Tenía, pues, que ir a la izquierda, situarse tras las ovejas y hacerlas girar e ir cuesta abajo hacia el extremo de la dehesa.

Carraspeó.

—Me gustaría pedir os un importante favor —dijo, nervioso—. ¿Podrías tener la amabilidad de ir hacia aquel cercado donde está el granjero y entrar en el patio? Hacedlo con calma, por favor. No hay prisa.

Una expresión de pura alegría recorrió las caras de todo el rebaño, y, como uno solo, todos los animales giraron y empezaron a caminar dehesa abajo con Babe siguiéndolos de cerca en la

retaguardia. Con una calma pasmosa llegaron al patio, cruzaron la puerta, entraron y se quedaron esperando pacientemente. Ninguna de las ovejas rompió filas ni trató de zafarse; ninguna empujó a otra; no hubo jaleo ni confusiones. Desde la más vieja a la más joven, todas eran como mansos corderitos.

Se elevó un suave murmullo cuando todas ellas, cada una a su modo, intentaron expresar en voz baja su contento.

—¡Babe! —gritó Fly al cerdito—. ¡Ha sido una maravilla lo que has hecho!

—¡Muchas gracias! —dijo Babe a las ovejas—. ¡Lo habéis hecho estupendamente!

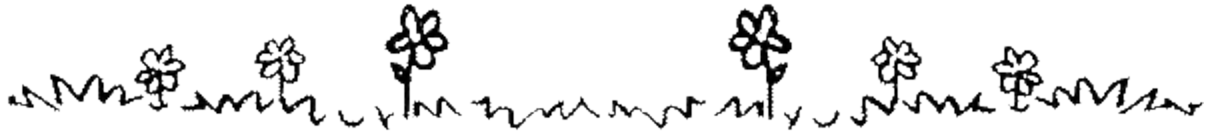
—¡Bien! —exclamaron ellas—. ¡Bien! ¡Bieeen! ¡Es un placer trabajar con este caballero! —Y

Be añadió—: ¡Serás un excelente cerdo pastor, jovencito! ¡Como que me llamo Be!

En cuanto al granjero Hogget, no se enteró de esta conversación de tan distraído que estaba con sus propios pensamientos. «Es tan bueno como un perro», se dijo emocionado a sí mismo. «Mejor que un perro, que cualquier perro. Me pregunto...».

—¡Buen cerdito! —lo alabó.

Luego descruzó los dedos y cerró la cerca.





7

¿Qué son las pruebas?

A partir de ese día, por supuesto, Babe empezó a hacer las rondas con el granjero Hogget y Fly. Al principio el granjero sentía preocupación por el hecho de utilizar al cerdito para guiar a las ovejas; no porque fuera algo extraño y poco corriente de lo que la gente pudiera reírse (eso no le importaba), sino porque temía que esto pudiera molestar y enfadar a Fly. Sin embargo, no había sido así.

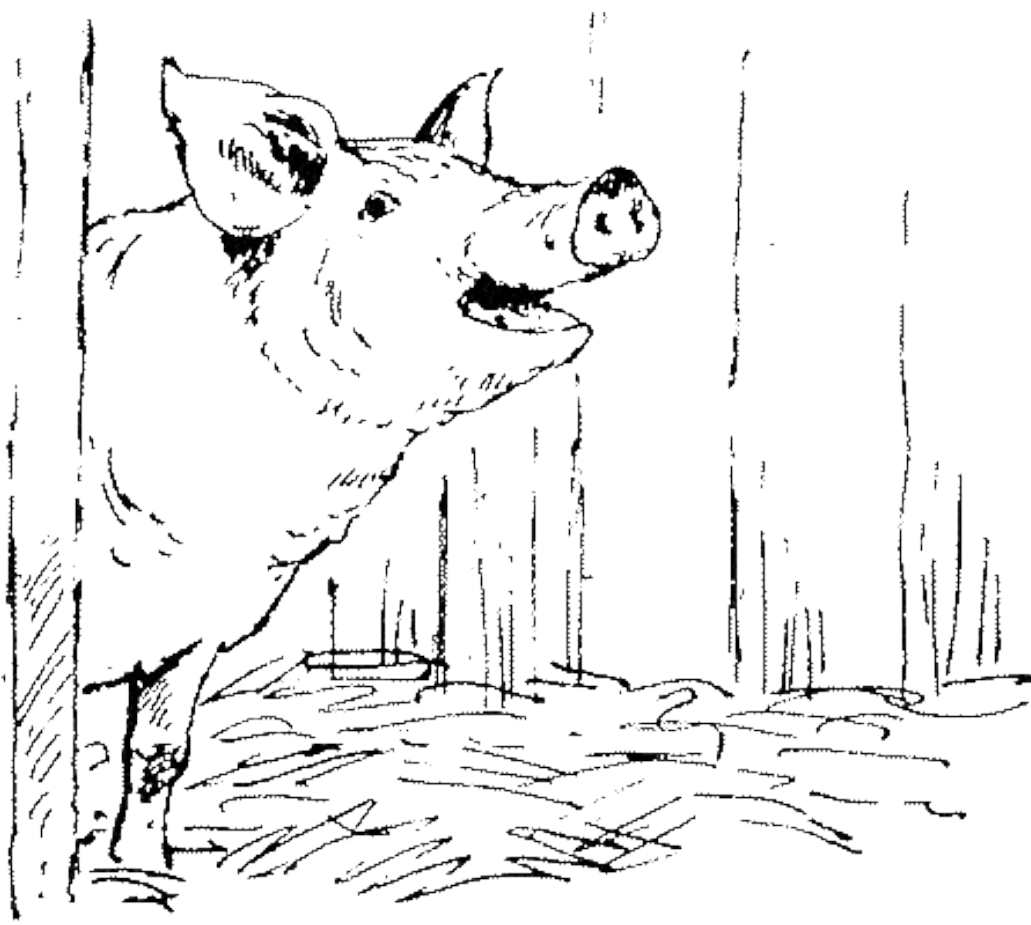
Se podría haber ahorrado la preocupación si hubiese escuchado la charla de ambos.

—¡Ha sido divertidísimo! —le dijo Babe a Fly esa noche—. Me pregunto si el jefe me dejará trabajar un poco más.

—Estoy segura de que sí, cariño. Lo hiciste muy bien. Casi era como si las ovejas supieran exactamente qué era lo que querías que hiciesen.

—¡Y así fue! Les pedí...

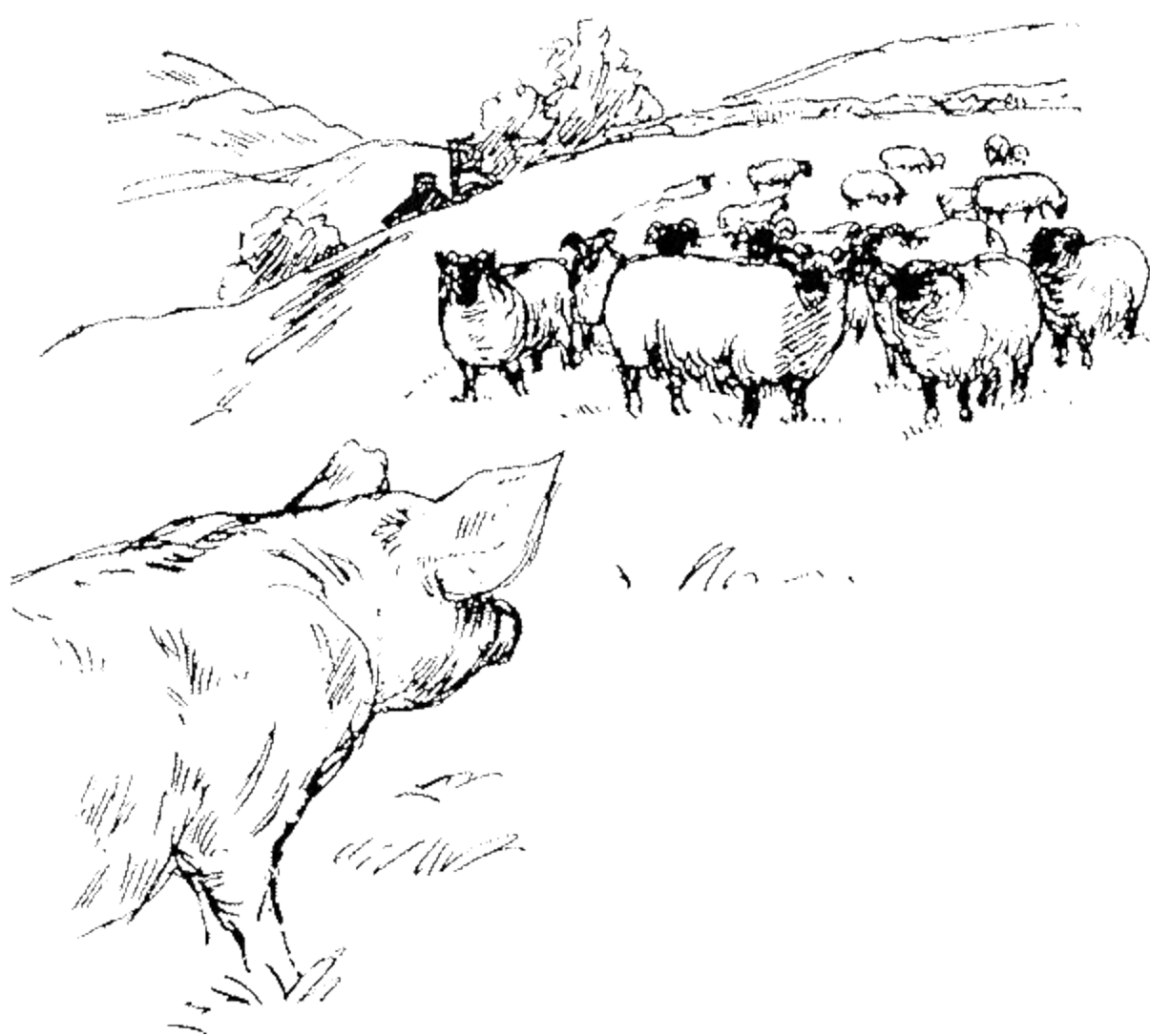
—No sirve de nada pedir algo a las ovejas, cariño —lo interrumpió Fly—. Tienes que *obligarlas* a hacer lo que tú quieres, como ya te he dicho.



—Sí, mamá. Pero... ¿te importaría que el jefe me utilizara a mí algunas veces en tu lugar?

—¿Importarme? —replicó Fly—. Te apuesto tus patas a que no. He pasado toda mi vida rodeando a esas idiotas, colina arriba, valle abajo, día tras día. Por lo que a mí respecta, en vez de «algunas veces» puedes trabajar todos los días. Ya no soy tan joven. Me encantará tumbarme cómodamente en la hierba y mirarte, Babe mío.

No pasó mucho tiempo antes de que las cosas fueran así. En cuanto el granjero Hogget vio que Fly meneaba el rabo y que los ojos le brillaban de contento, empezó a utilizar a Babe para que hiciera parte de su trabajo. Al principio sólo le encargó cosas sencillas; pero, a medida que pasaban los días y las semanas, Hogget comenzó a sacar más provecho a su nuevo ayudante. Lo sorprendía la rapidez con que aprendía Babe, y al poco tiempo ya le confiaba todo el trabajo con el rebaño mientras Fly permanecía tumbada y mirando muy orgullosa. Ya no había nada que el cerdo no pudiera hacer, y todo lo hacía a la perfección.



Obedecía inmediata y correctamente todas las órdenes normales. Podía ir a buscar las ovejas o llevárselas, conducir las a la derecha o a la izquierda, convencerlas de que evadieran obstáculos o cruzaran puertas, dividir el rebaño en dos o sacar a una sola de ellas.

Para dar a Be su medicina, por ejemplo, ya no hacía falta que Hogget llevara a todas las ovejas al redil del patio o las arrinconara, para luego agarrarla a ella de la pata con su cayado. Sencillamente le indicaba al cerdo que la apartara, y Babe la sacaba con calma del rebaño y la llevaba a los pies mismos del granjero, donde ella se quedaba esperando en silencio. A Hogget le parecía un milagro, pero en realidad era muy simple:

—¡Be!

—¿Sí, jovencito?

—El jefe quiere darte unas medicinas.

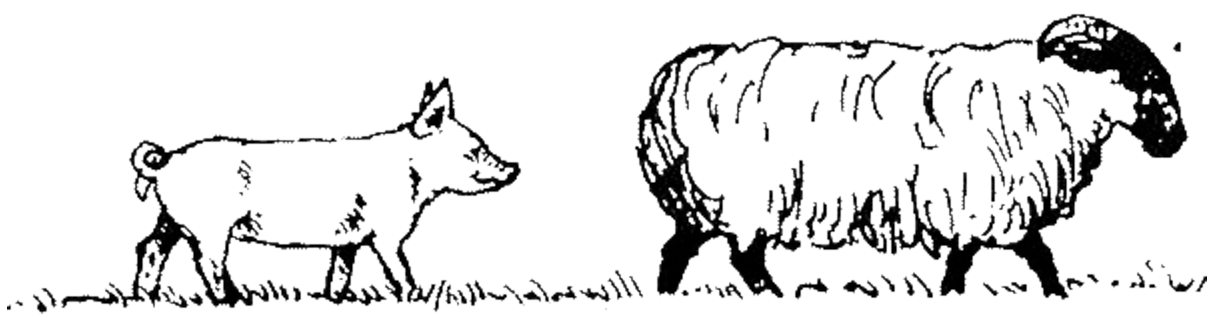
—¡Oh, no, otra vez no! ¡Esa horrible porquería!

—Pero ¡si es para que te mejores de tu catarro!

—¿Ah, sí?

—Vamos, Be. Por favor.

—Muy bien, jovencito. De acuerdo.



Y había varios milagros más que Babe podría haber hecho fácilmente de haberlo sabido el granjero. Por ejemplo, cuando llegaba el momento de separar a las madres de sus corderos, que eran ya casi tan fuertes y grandes como ellas, el granjero Hogget actuaba como cualquier otro pastor y llevaba todo el rebaño a los comederos para separarlos, lo cual le ocasionaba muchos problemas y una gran pérdida de tiempo. Si hubiera sabido explicar las cosas a Babe, habría sido facilísimo.

—Queridas señoras, ¿serían tan amables de quedarse en el monte?

—Jóvenes, si no os importa, vamos a los rediles. Sois todos estupendos, chicos y chicas.

Y todo esto podría haberse hecho en menos que canta un gallo.

De cualquier modo, la creciente habilidad de Babe con las ovejas decidió al granjero Hogget a dar el siguiente paso de un plan que había estado elaborando en su cabeza desde el día en que el cerdo había metido por primera vez las ovejas en el redil. Ese paso era nada menos que llevar a Babe a las pruebas locales de perros pastores que iban a celebrarse dentro de una semana. Tan sólo para mirar, desde luego, para que echara un vistazo y viera cómo trabajaban los perros bien entrenados con unas cuantas ovejas y lo que se suponía que debían hacer ellos y sus entrenadores. «Soy tonto», pensó, sonriendo entre dientes. No le dijo nada a su esposa.

Antes de que ese día llegara, puso un collar y una cadena en el cuello de Babe (no podía arriesgarse a que se le escapara en un lugar desconocido) y lo tuvo sujeto toda la mañana, mientras Fly hacía todo el trabajo como antaño. No tendría que haberse molestado (Babe habría estado a sus pies cuando se lo hubiera dicho), pero fue interesante observar el cambio que se produjo en el ambiente cuando la perra echó a correr.

—¡El lobo! ¡El lobo! —gritaron al instante todas las ovejas, con los nervios de punta.

—¡Moveos, imbéciles! —les ladró Fly, acosándolas y tratándolas a empellones, sin ninguna consideración hacia sus sentimientos.

—¡Babe! ¡Queremos a Babe! —balaron—. ¡Ba... beeee!

A decir verdad, la faena se hizo con más rapidez, pero al final las ovejas estaban asustadas y temblorosas y la perra, agotada e impaciente.

—¡Calma! ¡Calma! —tuvo que decirle varias veces el granjero, cosa que nunca había sido necesaria con Babe.

Cuando llegó el día de las competiciones locales, el granjero Hogget partió temprano en el Land Rover, con Fly y Babe en la parte trasera. Le dijo a su esposa adónde iba, pero no que se llevaba al cerdo. Tampoco le dijo que no iba a ser un espectador más, sino más bien un espía, es

decir, que iba a mirar sin ser visto. Quería que el cerdo viera todo lo que pasaba sin que se notara su presencia. Ahora que había iniciado la parte más atrevida de su plan, y la última, el granjero Hogget pensaba que el secreto era de la máxima importancia. Nadie debía saber que tenía un... «¿Cómo se lo podía llamar? ¡Un cerdo pastor, supongo!».

Las pruebas se celebraban a unos quince kilómetros más o menos, en un valle en forma de cuenco al pie de las colinas. Por el fondo del valle discurría un camino, y junto a él estaba situado el punto de partida, desde el cual los perros empezarían a correr, y también el cercado donde finalmente tendrían que encerrar a las ovejas. Allí se reunirían todos los espectadores. El granjero Hogget llegó un poco antes, aparcó el Land Rover en un sendero y se encaminó hacia lo alto del valle dando un rodeo, al amparo de los bosques. Fly andaba a buen paso detrás de él, mientras que Babe se veía obligado a trotar para mantener el ritmo de las largas zancadas del granjero.

—¿Adónde vamos, mamá? —preguntó Babe emocionado—. ¿Qué vamos a hacer?

—Me parece que no vamos a hacer nada, cariño —respondió Fly—. Creo que el jefe quiere que veas algo.

—¿Qué?

Habían llegado a la parte alta del valle y el granjero encontró un lugar a cubierto, apropiado para detenerse, pero desde donde se tenía una buena vista de la carrera.

—Abajo, Cerdo. Abajo Fly. Y quietecitos —dijo, y, cansado por este largo discurso, estiró su largo cuerpo en el suelo y se dispuso a esperar.

—¿Qué quiere que vea? —inquirió Babe.

—Las pruebas.

—¿Qué son las pruebas?

—Bueno, es una especie de competición para perros pastores y sus amos. Cada perro tiene que coger cinco ovejas y conducir las por varios pasos y puertas... en seguida verás cuáles son, porque llevan una bandera a cada lado... hasta ese círculo que está marcado al fondo a la derecha de aquel campo, y una vez allí tiene que seleccionar a algunas.

—¿Qué quiere decir «seleccionar»?

—Separarlas del resto. Las que tiene que apartar llevarán puesto un lazo.

—¿Y luego qué?

—Luego el perro tiene que juntarlas otra vez y meterlas en el redil.

—¿Eso es todo?

—No es tan fácil, cielo. No tanto como acarrear a esas imbéciles nuestras arriba y abajo de la dehesa. Todo esto hay que hacerlo muy deprisa, sin cometer ningún error. Si lo haces, pierdes puntos.

—¿Has participado alguna vez en las pruebas, mamá?

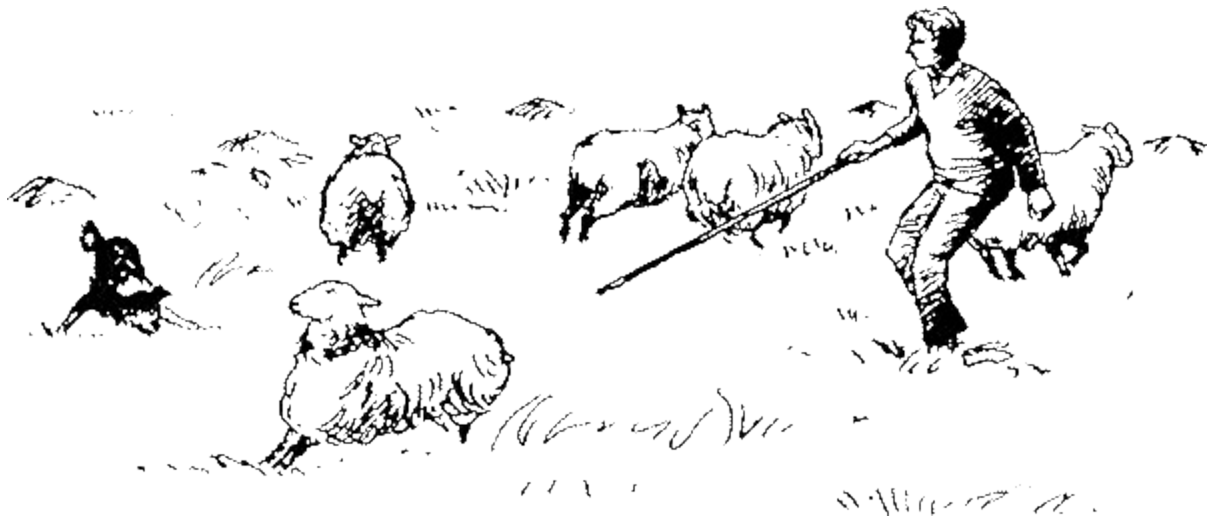
—Sí, aquí mismo. Cuando era más joven.

—¿Cometiste algún error?

—Claro que sí —dijo Fly—. Todos los cometemos. Es muy difícil trabajar con unas pocas ovejas desconocidas en un país extraño. Ya lo verás.

Al final del día Babe había visto muchas cosas. El trayecto no era nada fácil, y las ovejas eran

muy distintas de las que había en casa. Eran veloces y salvajes y, aunque los perros eran buenos, se equivocaron muchas veces en las puertas, en la selección y en el último redil.



Babe observaba cada carrera atentamente; Hogget observaba a Babe, y Fly observaba a ambos.

«¿Qué estará tramando el jefe?», meditaba la perra mientras volvían a casa. «Supongo que no pensará que algún día Babe... No, imposible. ¡No puede estar tan loco! ¡Es sólo un cerdo pastor! Está muy bien que un jovencito como él ande corriendo por nuestra finca para divertirse un poco, pero competir en las pruebas, aunque sea una local como la de hoy...». Y recordó algo que él había dicho los primeros días, cuando empezaba a guiar a los patos.

—Supongo que dirás —comentó ella— que esos perros no son lo bastante amables.

—Exacto —asintió Babe.





8

¡Oh, Be!

Las sospechas de Fly sobre lo que el granjero tramaba aumentaron en las semanas siguientes. Pronto se dio cuenta de que estaba construyendo un trayecto en su propia finca para hacer prácticas. Desde lo alto del campo al que habían llegado los ladrones, el circuito que él había diseñado rodeaba toda la granja y estaba sembrado de obstáculos que era preciso sortear. Algunos eran pasos o cañadas ya abiertas. Otros los hizo él con cañizos o hileras de postes entre las cuales había que conducir a las ovejas. Algunos de estos obstáculos eran extremadamente difíciles. Había uno, por ejemplo —un puente de tablones levantado sobre un arroyo—, tan estrecho, que la única posibilidad era cruzarlo en fila de a uno, por lo que Babe tuvo que emplear sus más dulces palabras para convencer a los animales de que pasaran.

Luego, en la dehesa de la finca, Hogget hizo con un círculo de piedras grandes un tosco redil, como los que utilizaba para separar las ovejas, y detrás un último corral, un pequeño recinto de estacas del tamaño de una habitación pequeña, con una puerta que se cerraba tirando de una cuerda.

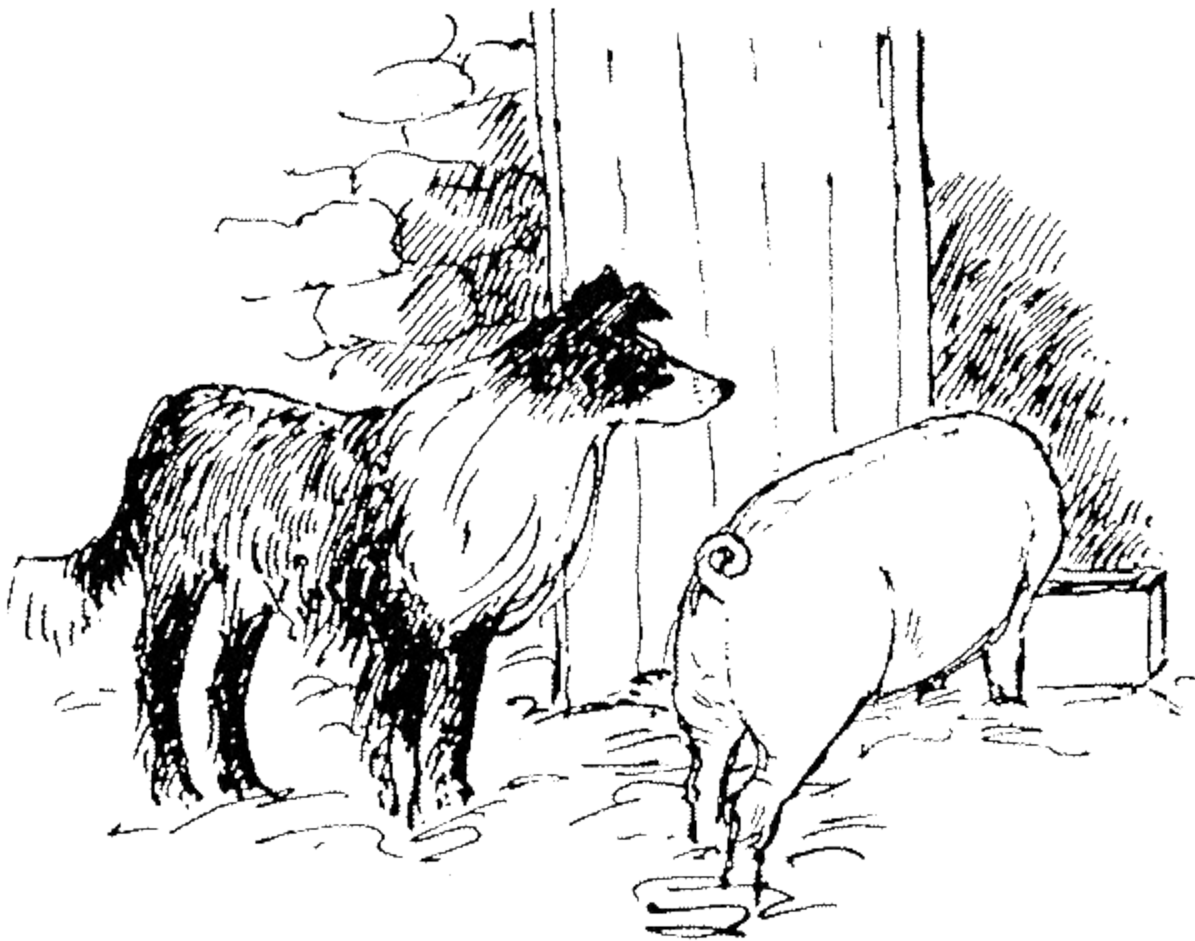
Todos los días el granjero mandaba a Fly que sacara cinco ovejas del rebaño, las llevara a lo alto de la colina y las retuviera allí. Luego Hogget daba órdenes a Babe para que, comenzando en el extremo más alejado de la granja, las condujera por el circuito.

«¡Lejos de mí, Cerdo!», gritaba. O «¡Junto!». Y Babe salía zumbando lo más deprisa que le permitían sus patas mientras el granjero sacaba de su bolsillo un viejo reloj y cronometraba el tiempo. Sólo había un problema: que sus patas no lo llevaban muy deprisa.

Fly se daba cuenta de que aquí, en casa, la falta de velocidad no importaba mucho. Cualesquiera que fueran las cinco ovejas que tuviera que escoger, siempre estaban deseando complacer a Babe y siempre se apresuraban a hacer de buena gana lo que él quisiera. «Pero con cinco ovejas extrañas será distinto», pensaba Fly. «Si es que el amo realmente quiere llevarlo a las pruebas. ¡Y todo parece indicar que sí!». Y miró su rechoncho cuerpecito mientras corría cuesta arriba.

Esa noche, a la hora de la cena, lo observó mientras comía con buen apetito. Hasta ese

momento no se había preocupado nunca de la cantidad que ingería. «Está creciendo», había pensado a veces tiernamente. Ahora se dijo que comía con gula.



—Babe —dijo, cuando con un gruñido de contento él se lamió los últimos restos de comida del morro. Su comedero de hojalata estaba tan brillante y limpio como si la señora Hogget acabara de fregarlo en la pila, y tenía la barriga dura como un tambor.

—¿Sí, mamá?

—Parece que eres un... cerdo pastor, ¿no es cierto?

—¡Sí, mamá!

—Y te gustaría ser bueno de verdad, ¿no es así? El mejor, mejor que ningún otro cerdo pastor...

—¿Crees que hay otros?

—Bueno, no. Quiero decir, mejor que cualquier perro pastor.

—Ah, sí. ¡Me encantaría serlo! Pero la verdad es que creo que es imposible. Ya lo ves; aunque las ovejas se portan muy bien conmigo, y hacen lo que les pido... quiero decir, lo que les mando, nunca soy tan veloz como un perro y nunca lo seré.

—No, pero podrías ser más veloz de lo que eres.

—¿Cómo?

—Bueno, tendrías que hacer dos cosas, cariño —contestó Fly—. En primer lugar, tendrías que entrenarte adecuadamente. Una carrerita al día no es suficiente. Tendrías que practicar a fondo: caminatas intensivas, carreras a campo traviesa, carreras de velocidad, control de las distancias... Por supuesto, yo te ayudaría.

Todo eso le sonaba muy divertido a Babe.

—¡Estupendo! —aceptó—. Pero has dicho que había «dos cosas». ¿Cuál es la segunda?

—Comer menos —respondió Fly—. Tendrías que ponerte a régimen.

Cualquier cerdo normal se habría rebelado contra esto. A los cerdos les encanta comer, y también disfrutan cuando se pasan casi todo el día tumbados y pensando en volver a comer. Pero Babe no era un cerdo normal, y decidió hacer con entusiasmo todo lo que le sugería Fly.

Bajo la atenta mirada de la perra, comía bien pero no en exceso. Y todas las tardes, siguiendo un programa que ella había elaborado, trotaba por las lindes de la finca, o subía y bajaba corriendo la colina, o hacía carreras de velocidad por la dehesa. Hogget creía que el cerdo estaba simplemente jugando, pero no pudo dejar de ver cómo había crecido: no se había vuelto más grueso, como ocurre con los cerdos criados en pocilga, sino más fuerte y estilizado. No quedaba rastro del cerdito rechoncho que había ganado en la apuesta; ahora era delgado, vigoroso y con potentes músculos, y casi tan grande como las ovejas que cuidaba. Llegaría el día en que esa fuerza y dureza le serían de gran ayuda.

Una hermosa mañana de cielo claro y despejado, con un aire tan suave y fresco que casi se podía saborear, Babe se despertó sintiéndose como el amo del mundo. Como un atleta bien entrenado, se notaba tan lleno de energía que sencillamente no podía quedarse quieto. Se puso a dar saltos por el establo y a soltar pequeños chillidos entrecortados.

—Esta mañana estás que rebasas —comentó Fly, bostezando—. Será mejor que te eches una carrera a lo alto de la colina para desfogarte, y luego vuelvas.

—¡De acuerdo, mami! —dijo Babe, y salió disparado mientras Fly volvía a acomodarse tranquilamente en la paja.

Cruzando a toda velocidad la dehesa, Babe subió hasta la colina y empezó a mirar a su alrededor en busca de las ovejas. Aunque sabía que las vería más tarde, estaba tan pletórico de vida que sentía ganas de compartir esa sensación con Be y todas las demás antes de volver corriendo a casa. Tan sólo le apetecía decir: «¡Hola! ¡Buenos días a todas! ¡Hoy es un día precioso!». Sabía que estaban en el terreno más alejado de todos los pertenecientes a la granja, al final de la última cuesta.

Miró a la distancia esperando verlas paciendo tranquilamente o tumbadas y rumiando bajo el sol matinal, pero las vio corriendo como locas en todas direcciones. La brisa le trajo los gritos de «¡Lobos! ¡Lobos!», pero no con el habitual tono aburrido de queja que empleaban cuando Fly trabajaba con ellas. Eran gritos de verdadero terror, desesperadas llamadas de socorro. Al mirar vio también a otros dos animales, uno grande y uno pequeño, y escuchó sus ladridos y gruñidos mientras perseguían a las despavoridas ovejas. «Ya verás cómo hay lobos que persiguen y matan a las ovejas». Las palabras de Be acudieron a la mente de Babe, y sin pensarlo dos veces se dirigió lo más deprisa que pudo en dirección a aquellos ruidos.

¡Qué visión le esperaba cuando llegó al último campo! El rebaño, que normalmente estaba siempre tan unido, se hallaba ahora diseminado por todas partes con los ojos horrorizados, las bocas abiertas, las cabezas caídas por el agotamiento. Era evidente que los perros les habían hecho pasar un mal rato. Aterrorizadas, unas cuantas ovejas habían intentado saltar la cerca y habían quedado atrapadas en ella; otras habían caído en las zanjas y no podían salir; algunas cojeaban al andar, y en la hierba se veían mechones de lana arrancados.

Lo más terrible de todo estaba en medio del campo, donde los verdugos habían derribado a una oveja que yacía de lado coceando desesperadamente mientras ellos gruñían y tiraban de ella.

El día que habían ido los ladrones, Babe había sentido una mezcla de temor e ira. Ahora su única emoción era una furia ciega, y se lanzó directamente hacia los dos perros, gruñendo y resoplando de rabia. El más próximo a él era el perro más pequeño, una especie de *terrier* que estaba mordiendo una de las patas de la oveja, sordo a todo en medio de la excitación del tormento.



Antes de que pudiera reaccionar, Babe se arrojó sobre él y lo hizo caer de costado, y la fuerza de su impulso lo precipitó sobre el perro grande, que también cayó desplomado.

Este otro, un híbrido mitad *collie* y mitad perdiguero, estaba hecho de mejor pasta que el *terrier* —que ya estaba huyendo a la desesperada—, así que se incorporó de un salto y se volvió para atacar al cerdo. Tal vez, en la confusión del momento, pensó que se trataba de otra oveja que de alguna manera había reunido el coraje suficiente para atacarlo. Pero, si ésa fue su idea, no tardaría en comprobar la realidad, pues, cuando se acercó, Babe le dio un terrible mordisco de cerdo, uno de esos mordiscos que desgarran y arrancan el pedazo de carne. Ahora ya no era sangre de oveja la que se estaba derramando.

Aullando de dolor, el perro negro dio media vuelta y salió corriendo con el rabo entre las piernas. En realidad, corría para salvar su vida y huir de un cerdo encrespado y con la boca abierta que le venía pisando los talones.

El campo quedó despejado, y de pronto Babe recuperó la cordura. Se volvió y se dirigió a toda prisa al lado de la oveja caída, en torno a la cual empezaba a reunirse en círculo todo el rebaño después de haber visto huir a los perros. Cuando Babe llegó resollando, la oveja yacía inmóvil, con el costado en que la habían herido los perros todo sucio y embarrado. De repente la reconoció. ¡Era Be!

—¡Be! —gritó—. ¡Be! ¿Estás bien?

Parecía que no estaba muy malherida. No se veían heridas profundas, aunque le salía sangre de una oreja que le habían mordido los perros.



La anciana oveja abrió un ojo. Cuando habló, su voz era tan ronca como siempre, pero ahora convertida casi en un susurro.

—Hola, jovencito —dijo ella.

Babe agachó la cabeza y delicadamente le lamió la oreja intentando detener la hemorragia, y se le quedó algo de sangre pegada en el morro.

—¿Puedes levantarte? —preguntó.

Be estuvo un rato sin responder y Babe la miraba con ansiedad, pero el ojo que estaba a la vista seguía abierto.

—No lo creo —contestó ella al fin.

—Todo está bien, Be —dijo Babe para animarla—. Los lobos se han ido muy, muy lejos.

—¡Lejos! ¡Leee... jos! —coreó el rebaño.

—Y Fly y el amo vendrán en seguida para atenderte.

Be no hizo ademán de responder o moverse. Tan sólo sus costillas palpitaban con los latidos de su viejo y cansado corazón.

—Te pondrás bien, ya lo verás —aseguró Babe.

—¡Ah! —exclamó Be. Entonces cerró el ojo, y sus costillas dejaron de moverse.

—¡Oh, Be! —se lamentó Babe.

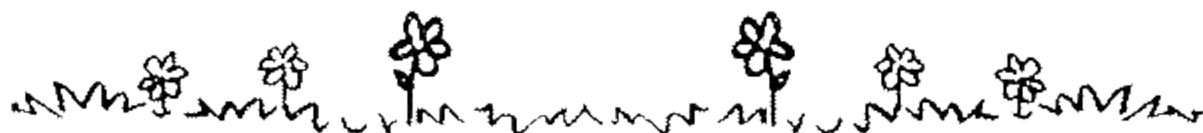
—¡Be! ¡Beee! —lloró todo el rebaño, mientras el Land Rover subía la cuesta.

El granjero Hogget no había oído nada de la contienda —el campo estaba demasiado lejos y el viento soplaba en dirección contraria—, pero se había puesto nervioso, como también lo estaba ahora Fly, porque no encontraban al cerdo por ninguna parte.

En cuanto entraron en el campo, tanto el hombre como la perra comprendieron que algo terrible había pasado. ¿Por qué si no estaba el rebaño tan visiblemente alterado y desgredado, jadeando y resollando? ¿Por qué habían formado ese extraño círculo? ¿Qué había en el medio? El granjero Hogget se dirigió allí a grandes zancadas con Fly delante para romper el círculo, y lo que

vieron llenó de horror a ambos.

En el centro del círculo había una oveja muerta, e inclinado sobre ella estaba el cerdo, con el morrito casi rozándole el cuello: un morrito manchado de sangre.





9

¿Ha sido Babe?

—¡Vete a casa, Cerdo! —ordenó el granjero Hogget con una voz seca y fría que Babe apenas reconoció.

Confuso, salió trotando obedientemente mientras a sus espaldas el granjero recogía a la oveja muerta y la llevaba al Land Rover. Luego, con ayuda de Fly, inició la tarea de rescatar a las que estaban atrapadas o atascadas, aparte de asegurarse de que no hubiera otras malheridas. Cuando acabó, dejó a Fly a cargo del rebaño y volvió a casa.

Ya en la granja, Babe se sentía muy, muy triste. El cielo estaba aún despejado, el aire seguía siendo limpio, pero este cerdo era muy distinto del que había subido alegremente por la colina hacía tan sólo media hora. En esos treinta minutos había visto al desnudo el miedo, la crueldad y la muerte, y ahora, por si fuera poco, el amo estaba enfadado con él y lo había mandado a casa como con deshonra. ¿Qué había hecho mal? Sólo había cumplido con su deber como debe hacer un buen cerdo pastor. Se sentó en la puerta de los establos y vio cómo el Land Rover entraba en el patio con la cabeza de la pobre Be balanceándose en la parte trasera. Observó al amo apearse y entrar en la casa. Al cabo de unos minutos salió otra vez llevando algo en el brazo, una cosa larga, una especie de tubo negro y brillante, y fue hacia él.

—Ven, Cerdo —dijo el granjero Hogget con la misma voz fría, y entró en los establos. En el mismo instante, dentro de la casa, empezó a sonar el teléfono y luego cesó en cuanto lo cogió la señora Hogget.

Babe siguió al granjero obedientemente al oscuro interior de los establos. Sin embargo, no estaba tan oscuro como para no poder ver claramente que el amo estaba apuntando el brillante tubo hacia él, así que se sentó a esperar pensando que quizás era una máquina de la que salía comida, o que a lo mejor de esos dos pequeños boquetes redondos que tenía tan cerca de la cara salía disparada alguna sorpresa inesperada.

En ese instante se oyó la voz de la señora Hogget desde el otro lado del patio llamando a su marido desde la ventana de la cocina. El hombre frunció el ceño, bajó el brillante tubo y asomó la cabeza por la puerta del establo.

—¡Ah, estás ahí! —gritó su mujer—. Oye, que era la policía. Están llamando a todos los granjeros de la zona para avisarles de que hay perros matando ovejas por los alrededores. Sólo anoche han matado seis al otro lado del valle. Dicen que por aquí han visto a dos de ellos, uno negro grande y otro marrón más pequeño. Dicen que dispaes a matar si los ves por ahí. Será mejor que vuelvas a la colina y te asegures de que nuestras ovejas están bien. ¿Quieres que te lleve la escopeta?

—No —contestó el granjero Hogget—. Todo está bien.

Esperó a que su esposa cerrara la ventana y desapareciera, y luego salió a la luz del sol seguido de Babe.

—Siéntate, Cerdo —dijo ahora con una voz cálida y amable otra vez.

El granjero miró de cerca la cara de Babe, que lo observaba confiado, y, junto a la boca, vio algunos pelos negros y unos cuantos marrones.

Meneó la cabeza maravillado y una amplia sonrisa le iluminó el rostro.

—Me parece que les has dado un buen escarmiento —comentó. Y en seguida abrió el arma y sacó los cartuchos.

Entre tanto Fly, que montaba guardia en el campo, estaba terriblemente agitada. Desde luego, sabía que algunos perros atacaban a las ovejas, incluso a veces los mismos perros que habían sido entrenados para protegerlas, pero ¿de verdad que había sido su cerdito pastor? ¿Cómo iba Babe a hacer una cosa así? No obstante, era él quien estaba en el centro de la escena del caos, manchado de sangre al lado de una oveja muerta. ¿Qué iba a hacerle el amo? O, quizás, ¿qué le habría hecho ya? Pero no podía dejar solas a estas tontas para ir a averiguarlo.

De repente se dio cuenta de que al menos ellas podrían contarle lo que había sucedido, si es que el susto no les había quitado el poco sentido común que tenían. Jamás en toda su larga vida se había rebajado a mantener una conversación con las ovejas. Estos seres existían sólo para recibir órdenes; eran igual que soldados y, como tales, nunca debían contestar. De mala gana se acercó a la oveja más próxima, que en seguida se apartó de ella.

—¡Estate quieta, imbécil! —ladró—. Dime quién te perseguía. ¿Quién ha matado a la vieja?

—Lobo —contestó automáticamente el animal.

Fly gruñó con desprecio. ¿Era ésa la única palabra que sabía esta estúpida? Planteó la cuestión de diferente manera.

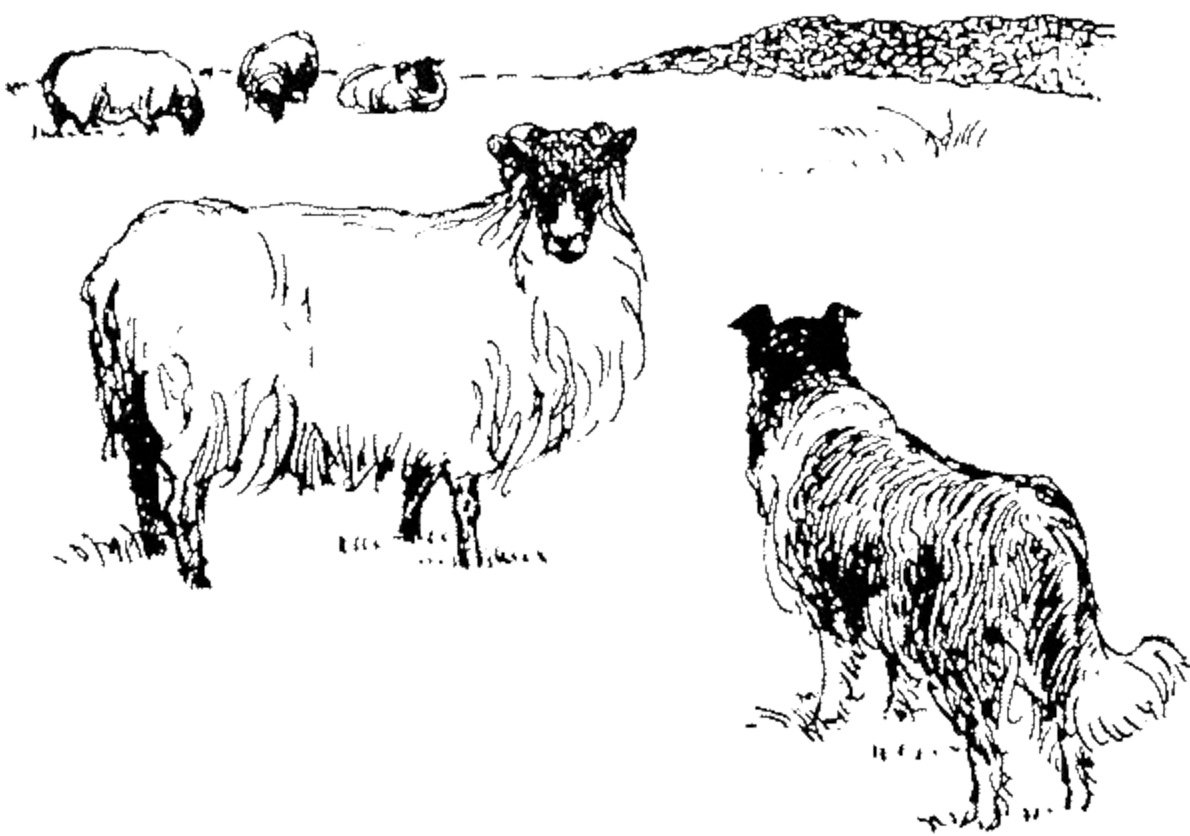
—¿Te perseguía el cerdo? ¿Ha sido Babe? —preguntó.

—¡Ba... beeee! —baló la oveja con vehemencia.

—¿Qué significa eso, cabeza hueca? —volvió a ladrar Fly—. ¿Fue o no fue él?

—Lobo —respondió la oveja.

Fly consiguió controlar su ira ante la estupidez de la criatura. «Tengo que saber lo que ha ocurrido», pensó. «Babe siempre está diciendo que hay que ser amable con estas idiotas lanudas. Tendré que intentarlo. Debo saber qué ha pasado». Y respiró hondo.



—Por favor... —dijo.

La oveja, que había empezado a pastar, levantó la cabeza bruscamente y se quedó mirándola con una expresión de absoluta sorpresa.

—Repíete eso otra ve... veeez —pidió, al tiempo que otras ovejas, que también lo habían oído, avanzaban hacia la *collie*.

—Por favor —repitió Fly, tragando saliva a duras penas—, ¿podrías tener la amabilidad de decirme...?

—¡Atención! —interrumpió la primera oveja—. ¡Atención! ¡Escuchad todas!

Tras lo cual, todo el rebaño se acercó corriendo y se reunió en torno a ella en silencio, con los ojos fijos llenos de sorpresa y las bocas abiertas.

«¿Serán bobas?», pensó Fly. «Justo cuando quería preguntar a una discretamente, van todas las demás cabezotas éstas y se plantan delante de mí. Pero tengo que saberlo. Tengo que saber la verdad acerca de mi Babe, por muy terrible que sea».

—Por favor —dijo una vez más, con la voz entrecortada por el esfuerzo de ser humilde—. ¿Podrías tener la amabilidad de decirme qué ha pasado esta mañana? ¿Fue Babe...? —Pero no pudo continuar, pues nada más mencionar este nombre todo el rebaño irrumpió en un gran grito de «¡Ba... beee...!».

Escuchando por primera vez en su vida lo que las ovejas estaban diciendo realmente, Fly empezó a distinguir voces individuales que luchaban por hacerse oír en medio de algo que era nada menos que un himno de alabanza: «¡Ba... beee vino!». «¡Él nos salvó!». «¡El eees... panto a los lobos!». «¡Él les dio su meee... recido!». «¡Hip, hip, hurra!». «¡Hip, hip, hurraaaa!». «¡Hip, hip, hurraaaa!».

Qué sensación de alivio la inundó cuando escuchó y comprendió las palabras de las ovejas.

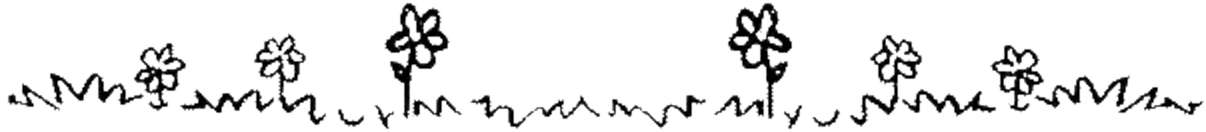
¡Resulta que habían sido perros asesinos! ¡Y su hijo había venido a rescatarlas! ¡No era un villano, era el héroe!

Hogget y Babe oyeron el vocerío mientras subían la cuesta, y el granjero mandó al cerdo que se adelantara, temiendo que quizás hubiesen vuelto los matones.

Era tal el alboroto, que Babe llegó a la escena sin que su madre se percatara de su presencia, justo a tiempo para oírla responder:

—¡Oh, muchas gracias! ¡No sabéis cuánto os agradezco que me lo hayáis dicho! ¡Sois tan amables!

—¡Caramba, mamá! —dijo una voz tras ella—. ¿Qué te ha pasado?





10

Apréndetelo de memoria

Dado que Babe había salvado al rebaño no sólo de los ladrones sino también de los asesinos, los Hogget nunca podrían recompensarlo lo suficiente.

Dado que era un cerdo (aunque el granjero cada vez pensaba más veces en él como Perro y lo alimentaba como a tal), decidieron darle cantidades ilimitadas de lo que suponían nunca podía hartarse, esto es, comida.

Dado que Babe era testarudo y se deleitaba con su recién adquirida velocidad, comía con moderación de todo aquello que le daban.

Dado que siempre sobraba un montón, Fly engordó, los pollos se cebaron al máximo y los patos se pusieron como bolas, y hasta las ratas y ratones rondaban alegremente por los establos con los estómagos a reventar.

La señora Hogget incluso invitaba a Babe a que se acercara a la puerta trasera de la casa para darle alguna golosina que otra de las que a ella le parecían especialmente apetecibles. De aquí a invitarlo a la casa sólo faltaba un pelo, y un día lo hizo.

Cuando el granjero entró a tomar el té no sólo encontró a Fly, sino también a Babe, durmiendo plácidamente al lado de la cocina. Y después, cuando se sentó en su sillón del salón y encendió el televisor, Babe vino a sentarse junto a él y ambos vieron juntos las noticias de las seis.

—Le gusta —dijo Hogget a su esposa cuando ella entró en la habitación. La señora Hogget asintió efusivamente y, como de costumbre, tenía algo que comentar al respecto.

—Mi querido jovencito..., aunque ya no se lo puede llamar pequeño porque ha crecido mucho... es ya lo bastante mayor para saber comportarse. Claro que esto no es de ahora. Por mis huesos que no sé si entiendes lo que quiero decir. Porque, míralo, tendríamos que haberlo traído a la casa mucho antes. No hay razón para no haberlo hecho.

—Podría ensuciar la alfombra —dijo el granjero Hogget.

—¡Jamás! —gritó su esposa, sin dejar de menear la cabeza todo el tiempo que estuvo hablando—. Las mismas razones tiene para ensuciar la alfombra que para volar. Cuando quiera hacerlo nos pedirá permiso para salir, lo mismo que hace un buen perro limpio. Porque creo que tiene más

seso que un perro, y no me sorprendería oír que anda por ahí vigilando a esas ovejas tuyas, sinceramente no me extrañaría aunque supongo que piensas que estoy loca.

El granjero Hogget sonrió para sus adentros. No le iba a decir a su esposa lo que hasta ahora ella no había sido capaz de ver: que todo el trabajo de la granja lo hacía ahora el cerdo pastor. Y tampoco tenía intención de contarle la última parte de su plan, que era nada menos que inscribir a Babe en la prueba más importante de todas: ¡la Gran Competición de Perros Pastores, abierta a todos sin excepción! Nunca en toda su vida laboral había contado con un animal lo suficientemente bueno para competir en esta prueba. Ahora, por fin, tenía uno, y nada le iba a impedir ver realizada su ambición por el hecho de que este animal fuera un cerdo.

En un par de semanas estarían compitiendo con los mejores perros pastores del país, e incluso aparecerían en esa misma pantalla de televisión que estaban mirando ahora mismo.

—No, no estás loca —contestó.

«Pero te vas a quedar de piedra cuando te sientes aquí y lo veas», pensó el granjero. «Y lo mismo les va a pasar a unos cuantos paisanos».

Su plan era muy sencillo. Aparecería en la Gran Competición con Fly, y en el último momento la cambiaría por Cerdo. Para entonces sería demasiado tarde y nadie podría detenerlo. No importaba lo que ocurriera después —podían descalificarlo, ponerle una sanción, enviarlo a la cárcel, cualquier cosa— con tal de ver correr a Cerdo, tan sólo una carrera gloriosa, ¡para demostrar a todos quién era!



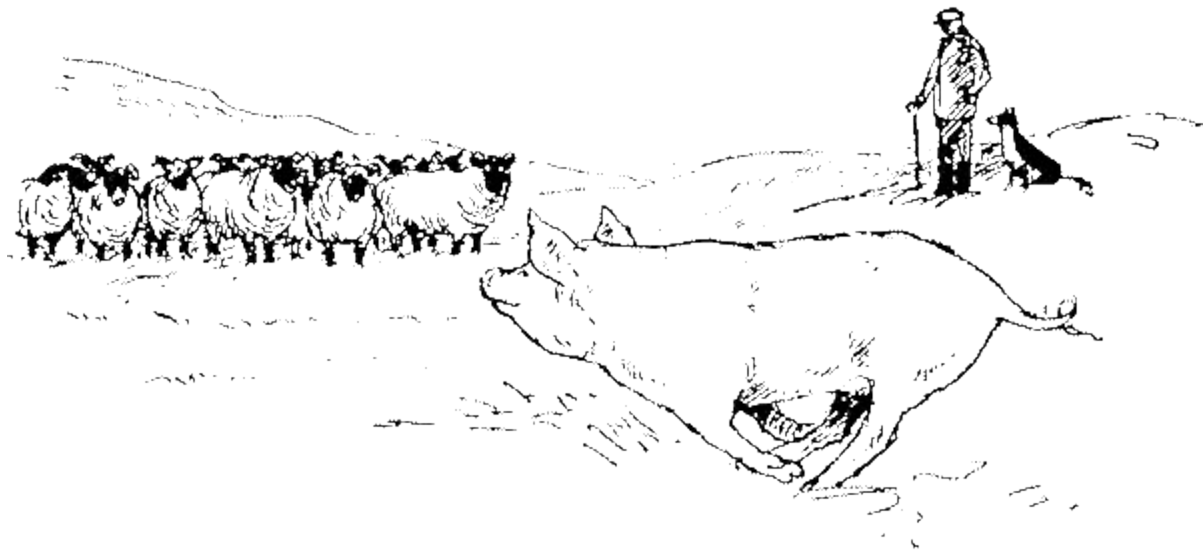
Y no podrían decir que no les había advertido, porque el nombre *estaba* escrito en el formulario de inscripción. Como era un hombre recto, al principio lo había preocupado que el encabezamiento pudiera decir «Nombre del perro», porque en ese caso habría tenido que escribir una mentira. Pero había habido suerte. El formulario decía: «Nombre del competidor», que en este caso era «F. Hogget», y «Nombre del participante», que era... «Cerdo».

La pura verdad.

Los pastores suelen poner a sus perros nombres cortos, como Rayo o Frida. Es más fácil y rápido gritar estos nombres que «¡Bartolomé!» o «¡Guillermina!», por ejemplo, y, aunque alguien podría decir: «¿Cerdo? Vaya nombre gracioso», a nadie se le ocurriría ni por lo más remoto adivinar la verdad.

Las dos semanas anteriores a la competición fueron de una actividad muy intensa. A excepción de la señora Hogget, que como siempre estaba muy ocupada con las tareas domésticas, todos

sabían ya lo que estaba pasando. Para empezar, Hogget alteró el circuito de prácticas, eliminando todas las pruebas superfluas —como el puente de tablones sobre el arroyo— y creando un circuito nuevo lo más parecido posible al que él pensaba que podrían encontrarse ese día.



En cuanto Fly lo vio, se convenció de que el plan que ella intuía estaba realmente en marcha e iba a ser puesto en práctica, y se lo contó a las ovejas, con quienes ahora mantenía buenas relaciones.

Por supuesto, todas las noches ella y Babe hablaban sin parar de este desafío antes de dormir. (Seguían en los establos, aunque los Hogget se habrían sentido felices de tener a Babe durmiendo en la casa, de tan educado que era).

Considerado como era, Babe estaba nervioso, no con respecto a sus propias capacidades sino en lo referente a los sentimientos de su madre adoptiva. Estaba seguro de que ella habría dado hasta sus dientes por poder participar en la Gran Competición Nacional, el sueño de todo perro pastor, y sin embargo ahora debía limitarse a sentarse y mirar.

—¿Estás *segura* de que no te importa, mamá? —le preguntó.

La respuesta de Fly fue tan práctica como de costumbre.

—Escucha, Babe. En primer lugar, da igual que a mí me importe o no. El amo te lleva a correr a ti, de eso no tengo ninguna duda. En segundo lugar, yo soy demasiado mayor y estoy demasiado gorda, y de todos modos yo sólo valía para las pequeñas competiciones locales. Y para acabar: seré la *collie* más feliz del mundo si tú ganas. Y puedes ganar.

—¿De verdad lo crees?

—Estoy segura de ello —afirmó convencida Fly, aunque en realidad había algo que la preocupaba.

Sabía que el cerdo pastor, a pesar de lo veloz que era ahora, seguiría siendo mucho más lento que los perros, sobre todo en llegar al final. Pero también confiaba en que pudiera lograrlo gracias a la prontitud con que las ovejas obedecían sus peticiones. Aquí, en casa, cruzaban las puertas o evitaban los obstáculos como rayos, sin poner nunca una pezuña en falso. Las que debía seleccionar se apartaban del círculo al instante. Y, cuando llegaban al último redil, todas entraban en él en cuanto el amo abría la puerta. Pero eso era aquí, en casa. ¿Qué harían unas ovejas

extrañas? ¿Cómo reaccionarían con Babe? ¿Sería capaz de comunicarse con ellas a tiempo? Porque no iba a disponer de mucho.

Decidió preguntar al rebaño y, una noche, mientras Babe y el amo veían la televisión, subió corriendo a la colina. Desde aquella primera vez en que se había obligado a sí misma a hablarles civilizadamente, ya no gritaban «¡Lobo!» cuando la veían llegar. Así pues, esa noche se reunieron atentamente en torno a ella en cuanto empezó a hablar con suma educación.

—Buenas noches —saludó—. Me pregunto si tendríais la amabilidad de ayudarme, pues tengo un pequeño problema. —Y les explicó todo, hablando lentamente y con detalle. «Porque las ovejas son tontas», pensó, «y nadie me va a convencer de lo contrario.»—. ¿Entendéis lo que quiero decir? Serán ovejas extrañas, y estoy segura de que acabarán por hacer lo que él diga... lo que les pida, quiero decir. Pero eso llevará un tiempo, explicarles las cosas... Lo último que esperarán ver es un cerdo. Hasta puede que se espanten al verlo, antes incluso de que le dé tiempo a hablar con ellas.

—Contraseña —dijeron varias voces.

—¿Qué decís? —preguntó Fly.

—Contraseña, contraseña, ¡Contraseee...ña! —repitieron ahora muchas otras, hablando en voz baja y lenta. «Ya que los lobos son tontos», pensaron ellas. «Nadie nos convencerá nunca de lo contrario».

—Lo que tiene que hacer nuestro Babe —explicó una de las ovejas— es aprender lo que todas nosotras aprendimos cuando éramos unas crías.

—Es un dicho, ¿sabes? —agregó otra—, que los corderos aprenden en el regazo de sus madres.

—Y luego, dondequiera que vayamos...

—... al mercado...

—... a otra granja...

—... nunca nos hacemos daño...

—... ¡siempre y cuando digamos la contraseña!

—Y si nuestro Babe se la dice a ellas...

—... entonces ¡no saldrán corriendo!

Fly sentía que se le agotaba la paciencia, pero se controló porque sabía lo importante que podía ser esta información.

—Por favor —pidió tranquilamente—, ¿queréis decirme la contraseña?

El rebaño guardó silencio un buen rato, aunque todas las cabezas se movieron mirándose unas a otras. Fly comprendió que ellas también estaban nerviosas por revelar este antiguo secreto, por entregar (y nada menos que a un lobo) esta preciada contraseña.

—Todo sea por Babe —dijo finalmente una de ellas—. Que sea por su bien.

—¡Bien! —exclamaron todas suavemente—. ¡Bieeen!

Y, entonces, todas entonaron al unísono:

«Puedo ser oveja, puedo ser carnero,
puedo ser borrego, puedo ser cordero;

pero, con berrido o con balido,
no soy tan tonto
como muchos han creído».

Luego, como por consenso general, el grupo se disolvió y se alejaron mordisqueando la hierba a su paso.

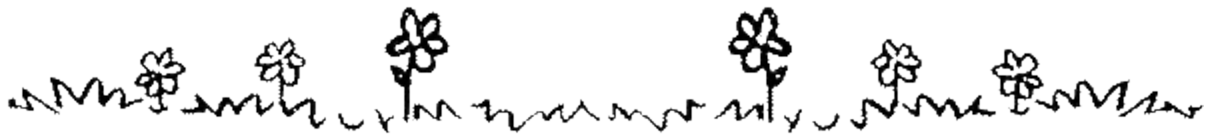
—¿Eso es todo? —les gritó Fly—. ¿Es ésa la contraseña?

Y volvió a oír el murmullo:

—¡Bieeen!

—Pero ¿qué significa todo esto, mamá? —preguntó Babe esa noche cuando ella se lo repitió—. Todo esto de que «puedo ser» y otras palabras que no entiendo. Para mí no tiene sentido.

—Eso no importa, cariño —dijo Fly—. Tú apréndetelo de memoria y ya está. Puede que sea definitivo para ese día.





11

«Ha llegado el día»

Cuando amaneció, el día era quizás demasiado luminoso.

En el otro lado del valle, los árboles, las casas y los pajares se perfilaban claramente frente al fondo con esa silueta tridimensional que indica que va a llover.

El granjero Hogget salió afuera, olió el aire y miró a su alrededor. Luego entró de nuevo a coger su ropa especial para la lluvia.

En el momento en que posó sus ojos en el amo, Fly supo que aquél era el día. Los perros han vivido tanto tiempo en compañía de los humanos que saben lo que va a ocurrir, a veces incluso antes que sus propios dueños. Despertó a Babe.

—Ha llegado el día —dijo.

—¿Quién ha llegado, mamá? —preguntó él, medio dormido.

—Ha llegado el día de la Gran Competición de Perros Pastores —contestó Fly orgullosamente—. ¡Competición que tú, cariño mío, vas a ganar! —añadió en tono confiado. «Con un poco de suerte», pensó, y le lamió tiernamente el morro.

Pero miró con ojos críticos el resto de su cuerpo, ansiosa, como cualquier madre, de que su hijo estuviera impecable si tenía que aparecer en público.

—¡Oh, Babe! —exclamó—. ¡Tienes la piel echa un asco! ¿Qué has estado haciendo? Parece como si hubieras estado revoleándote en el estanque de los patos.

—Sí.

—¿Quieres decir que lo has hecho?

—Sí, mamá.

Fly estuvo a punto de decir que los cachorros buenos no hacen esas cosas, pero de repente recordó que, después de todo, era un cerdo.

—Bueno, no sé nada de la raza Grande Blanco —dijo ella—. La verdad es que te has puesto enorme, pero es imposible adivinar qué color tienes debajo de tanta mugre. ¿Qué se puede hacer?

Su pregunta fue contestada de inmediato.

—Ven, Cerdo —llamó la voz de Hogget desde el patio.

Cuando salieron de los establos vieron al granjero plantado con una manguera, un cepillo y baldes de agua jabonosa.

Media hora después, cuando un Babe impecablemente limpio y precioso chorreaba agua mientras Hogget le cepillaba la punta de su rizado rabito hasta dejárselo como el dulce de hilos de almíbar, la señora Hogget asomó la cabeza por la ventana de la cocina.

—El desayuno está listo —gritó—. Pero ¿qué diablos estás haciendo con ese cerdo? ¿Lo vas a llevar a un concurso de gorrinos o qué? Yo creía que hoy te ibas a ver las competiciones. Pero cualquiera creería que vas a participar, después de ver lo que has hecho con él, sólo que no es un perro pastor. Sería un cerdo pastor, ¿sabes? ¿Quién ha oído hablar de una cosa así? Parece que la loca soy yo, pero el que se ha vuelto loco eres tú. ¡Mira que llevarlo en ese destartado Land Rover, con el tamaño que tiene ahora, con medio trasero fuera! Pero no sé de qué me extraño. Supongo que no lo vas a llevar en un viaje tan largo sólo para que mire...

—No —contestó el granjero Hogget.



La señora Hogget recapitó en esta respuesta por un momento con la boca abierta mientras subía y bajaba las cejas, meneaba la cabeza y tamborileaba los dedos en el alféizar de la ventana.

Luego cerró la boca y la ventana.

Después de desayunar, salió a despedirlos. Fly iba sentada en el asiento del acompañante, y Babe iba de lo más cómodo en un grueso lecho de paja limpia en la parte trasera, que ahora ocupaba por completo.

La señora Hogget rodeó el Land Rover, dando a todos unas palmaditas de despedida.

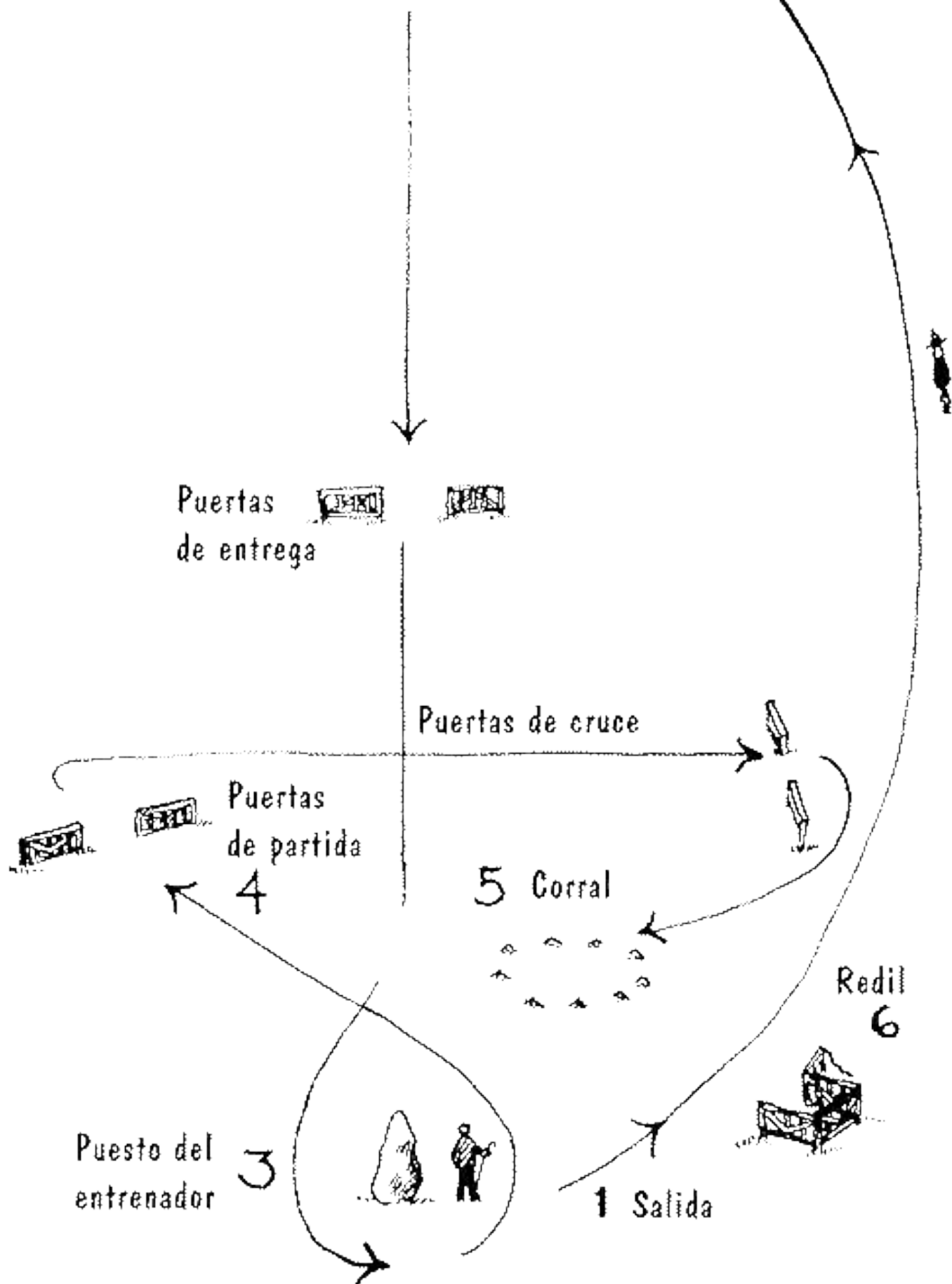
—Buen chico —le dijo a Babe—. Buena chica —dijo a Fly, y luego se despidió de su marido—: Adiós. ¿Has cogido los bocadillos, el termo con el café y el impermeable? Porque parece que va a llover, aunque he visto un claro ahora mismo y a lo mejor hace mejor tiempo adonde tú vas, teniendo en cuenta que está a ciento cincuenta kilómetros. Y eso me recuerda que a lo mejor no tienes bastante gasolina, o bastante dinero para repostar si se te acaba. No sé si me entiendes lo que quiero decir. Conduce con cuidado. Hasta luego.

—A las dos en punto —dijo Hogget. Y, antes de que su esposa tuviera tiempo de preguntar nada, añadió—: En la televisión. En directo —y, dicho esto, puso el Land Rover en marcha y se alejó.

Cuando la señora Hogget encendió el televisor, a las dos en punto, lo primero que vio en la pantalla fue que estaba lloviendo a cántaros. Salió disparada a recoger la ropa tendida, vio que hacía un sol radiante y se acordó de que aquél no era día de colada, así que volvió a entrar y vio en la pantalla el circuito de la carrera. Lo primero que apareció fue una enorme columna de piedra, de la altura de un hombre, que se erguía en medio del campo.

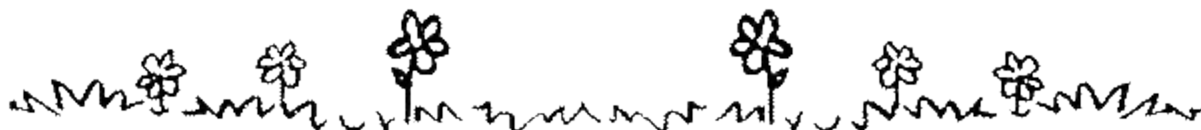
—Aquí —explicaba el locutor— es donde se colocará el entrenador, y desde aquí iniciarán la carrera los perros. Correrán hacia la derecha o hacia la izquierda, para ponerse en posición detrás de sus ovejas. Hoy cada perro tendrá que dirigir diez ovejas. Estas estarán agrupadas junto a aquel poste de allá, llamado Puesto de Recogida (las cámaras seguían todo el tiempo sus explicaciones), y allí debe recoger a sus ovejas, hacerlas pasar por las Puertas de Entrega, llevarlas hasta el Puesto del Entrenador y rodear éste. Luego el perro tiene que llevarse a las ovejas a la izquierda, visto desde aquí, cruzar las Puertas de Partida, hacerlas girar a la derecha otra vez y cruzar en perpendicular el recorrido anterior en dirección a las Puertas de Cruce, y a la derecha otra vez en dirección al Corral. Y cuando el perro haya separado a sus ovejas y las haya reunido otra vez, entonces finalmente debe venir a meterlas en este redil.

Puesto de recogida 2



—¡Qué charlatán! —exclamó la señora Hogget, quitando el sonido—. Hay personas que no saben tener el pico cerrado. Hablan y hablan sin parar de esas estúpidas puertas, ya podrían dar alguna imagen de los espectadores a ver si puedo localizar a Hogget y a Fly, nunca se sabe. Aunque no creo que vea al cerdo, porque supongo que no habrá sido tan tonto como para aparecer por allí con el cerdo. Y no entiendo por qué se lo ha querido llevar hasta allí, sólo para tenerlo tumbado en el Land Rover. Habría hecho mejor dejándolos a los dos aquí sentaditos, viéndolo todo tan a gusto en la tele, que es más de lo que tenemos algunos, y yo tengo cosas que hacer —y se fue a regañadientes a la cocina, meneando la cabeza.

En la silenciosa pantalla apareció el primer entrenador y tomó posición junto a la gran columna de piedra, teniendo al lado a su perro, tenso y nervioso bajo una lluvia plomiza.





12

¡Lo conseguimos!

Cientos de miles de ojos contemplaban a ese primer perro, pero ninguno miraba con más atención que los de Hogget, Fly y Babe.

El aparcamiento era un gran prado escarpado desde donde se podía ver el circuito, y el granjero había llevado el Land Rover hasta el rincón más alto, muy alejado de los otros coches. Desde el interior, tres rostros distintos observaban atentamente.

Hogget advirtió al instante que las condiciones eran muy difíciles. Además de la lluvia, que hacía el camino resbaladizo y a las ovejas más rebeldes que de costumbre, había un fuerte viento que soplaba casi directamente desde el Puesto de Recogida hacia el Puesto del Entrenador, por lo que al perro le resultaba difícil oír las órdenes.

Cuanto más nervioso estaba el perro, más intentaban las ovejas separarse de él, con lo cual aumentaba su nerviosismo y se enfadaba más. Era un círculo vicioso, y cuando al final las diez ovejas fueron encerradas en el redil y el entrenador cerró la puerta y gritó «¡Ya está!», nadie se sorprendió de que no le dieran más de setenta puntos sobre un máximo de cien.

Y así prosiguió la competición. Hombre tras hombre, todos se apostaron junto a la gran columna de piedra; hombres del norte y del oeste, de Escocia, de Gales y de Irlanda, con perros, grandes y pequeños, de pelo áspero o suave, blanco y negro o gris, castaño o negro azabache. Algunos tenían más suerte que otros, desde luego; se mostraban más tranquilos con sus ovejas o les habían tocado animales menos nerviosos. Pero, aun así, a medida que se aproximaba el turno del granjero Hogget (la suerte había querido que fuese el último), ningún perro había superado los ochenta y cinco puntos.

En casa, la señora Hogget probó de nuevo a subir el volumen del televisor y oyó que el comentarista confirmaba aquello.

—Queda otro —decía— y la puntuación que hay que superar es de ochenta y cinco, obtenida por el señor Jones de Gales y su perro Bryn, una puntuación muy apreciable teniendo en cuenta las malas condiciones atmosféricas que tenemos hoy. Es muy difícil que pueda superarse, pero aquí viene el último participante para intentar eso justamente.

Y de repente, ante los asombrados ojos de la señora Hogget, apareció en la pantalla la larga y zancuda figura de su marido dirigiéndose a la gran piedra, con la gordinflona Fly pisándole los talones.

—Aquí tenemos al señor Hogget y a Cerdo —dijo el comentarista—. Un nombre un tanto extraño, pero debo decir que su perro está bastante cebadito... ¿Eh? Está diciendo al perro que se vaya... ¿Qué demonios...? ¡Oh, cielo santo! ¡Miren eso!

Y cuando la señora Hogget y cientos de miles de espectadores miraron, vieron que Fly volvía a buen paso hacia el aparcamiento y que desde allí, trotando bajo la incesante lluvia, avanzaba la figura alargada, delgada y hermosamente limpia de un cerdo Grande Blanco.

Babe corrió al lado de Hogget y allí se quedó inmóvil como una estatua, con sus grandes orejas desplegadas y sus ojillos fijos en las lejanas ovejas.

En casa, la señora Hogget tenía la boca completamente abierta, pero ni un solo sonido salía de ella.

En el lugar de la competición hubo un momento de silencio sepulcral, seguido de un inmenso alboroto.

En la pantalla, las cámaras mostraban todos los detalles de la sorprendente escena: los espectadores señalando con el dedo, boquiabiertos, riendo; los jueces abochornados discutiendo a toda prisa; Hogget y Babe esperando pacientemente, y finalmente el locutor.

—Esto es ridículo —dijo con una sonrisa de desprecio—, pero verdaderamente parece que no hay nada en el reglamento donde se especifique que sólo pueden competir perros. Todo indica, pues, que los jueces van a permitir al señor Hogget participar con este... este... cerdo pastor. Supongo que tendremos que llamarlo así. ¡Ja, ja, ja! ¡En cuanto lo vean, las ovejas se irán corriendo al condado vecino! ¡Bueno, por lo menos terminaremos el día riéndonos a carcajadas!



Y lo cierto fue que en ese momento estalló una carcajada general, cuando, al recibir la autorización de los jueces, dada de muy mala gana, Hogget dijo tranquilamente:

—Lejos de mí, Cerdo.

Babe salió corriendo.

Cómo reían sólo de verlo correr (aunque muchos se percataron de que era muy veloz), sólo de pensar en la absurda idea de un cerdo conduciendo ovejas, y especialmente porque chillaba a pleno pulmón, como un tonto incapaz de contenerse, pensaban todos.

Pero, aunque estaba emocionado, tremendamente emocionado por la excitación de estar realmente participando en la Gran Competición de Perros Pastores, Babe no era tonto. Al mismo tiempo que corría, gritaba la contraseña: «Puedo ser oveja, puedo ser carnero, puedo ser borrego, puedo ser cordero; pero, con berrido o con balido, no soy tan tonto como muchos han creído».

Éste era el momento más peligroso (antes de conocer a sus ovejas), y repetía las palabras mágicas una y otra vez, gritando por encima del ruido de la lluvia y el viento, con los ojos fijos en las diez ovejas que esperaban en el Puesto de Recogida. También ellas tenían los ojos fijos en la

imagen de aquel enorme y extraño animal que se estaba acercando. Pero se quedaron inmóviles, y la ya lejana multitud quedó de repente en silencio cuando todos vieron que el cerdo adoptaba una posición perfecta detrás de ellas y oyeron que los atónitos jueces le daban diez puntos por una carrera impecable.

Sólo para asegurarse, por si no daban crédito a sus oídos, Babe recitó la contraseña por última vez:

—... no soy tan tonto como muchos han creído. Buenas tardes a todas. Perdón por tener que pedir os que trabajéis con tan mal tiempo. Espero que podáis disculparme.



En seguida, tal como había esperado, se oyó un parloteo.

—¡Es increíble que conozca la contrasee...ña!

—¡Qué modales tan deee... licados!

—¡No como los desagradableees lobos!

—¿Qué quieres que hagamos, joveeen amo?

Rápidamente, pues era consciente de que el tiempo se acababa, Babe les pidió primero que le prestaran atención y luego les explicó el trayecto.

—Os agradecería enormemente —les dijo— que tuvierais en cuenta todos estos puntos: permaneced juntas, marchad todas al mismo paso, ni demasiado deprisa ni demasiado despacio, y, si no os molesta, pasad exactamente por el centro de cada una de las tres puertas. En cuanto yo entre en el Corral, las cuatro que lleváis lazo (a propósito, os sientan muy bien), por favor, salid de allí. Y para acabar, por favor, id directamente al redil del final. Os estaré eternamente agradecido.

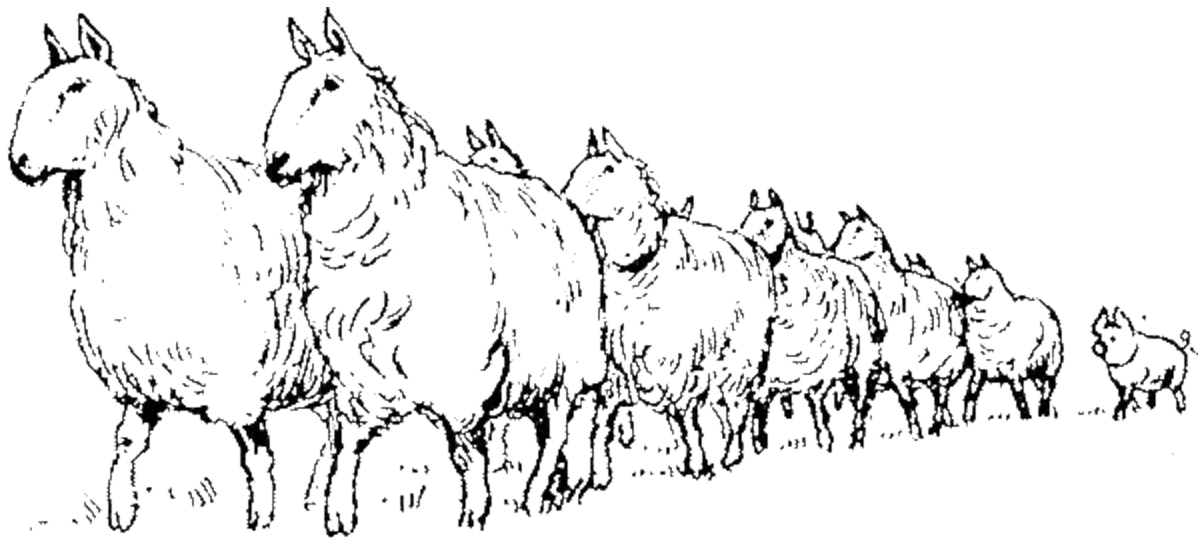
Este discurso tardó un rato en pronunciarse, y los espectadores, los jueces, la señora Hogget y los cientos de miles de televidentes empezaron a pensar que no iba a pasar nada más, que las ovejas jamás se moverían de allí, que todo aquello no era más que una farsa, una broma que había salido mal.

Sólo Hogget, que estaba en silencio bajo la lluvia y junto a la piedra, tenía plena confianza en las habilidades del cerdo pastor.

Súbitamente, el milagro empezó a producirse.

Marchando de dos en dos, impecables como soldados en un desfile, las diez ovejas iniciaron el camino hacia las Puertas de Entrega, con Babe siguiéndolas de cerca, callado, poderoso, confiado. Avanzaron en línea recta hacia el lejano Hogget, cruzaron por el centro de las Puertas de Entrega sin un momento de vacilación, sin desviarse ni un centímetro de su invariable rumbo. Hogget no dijo nada, no hizo ninguna señal, no silbó, no se movió cuando las ovejas le pasaron tan cerca que casi le cepillaron las botas, y, una vez completada la recogida, se dirigieron a las Puertas de Partida. Una vez más, sin alterar el paso, sin mirar a izquierda ni a derecha, guardando tan

estrictamente la formación que se podría haber cubierto a todo el grupo con un gran mantel, pasaron por el centro de las Puertas de Partida y giraron como un único animal para dirigirse a las Puertas de Cruce.



Aquí ocurrió lo mismo: las ovejas pasaron por el centro y giraron hacia el Corral. Entre tanto, las pizarras de los jueces mostraban la máxima puntuación en cada etapa, y los espectadores miraban como hipnotizados, hablándose entre susurros por temor a romper el hechizo.

—¡No ha dado un solo paso en falso!

—Cruzan por el centro en todas las puertas.

—¡Qué ritmo tan perfecto!

—Y el entrenador no ha dicho una sola palabra, ni siquiera se ha movido; se limita a estar allí, apoyado en el cayado.

—Ah, pero ahora sí tendrá que moverse. ¡No irás a decirme que el cerdo solito va a sacar cuatro ovejas entre diez!

El Corral, dibujado con montoncitos de serrín, tenía unos treinta y cinco metros de diámetro. Las ovejas entraron en él, siempre tranquilas y en formación, y quedaron en posición de espera.

Babe esperaba fuera del círculo con los ojos puestos en Hogget.

La multitud esperaba.

La señora Hogget esperaba.

Cientos de miles de telespectadores esperaban.

Entonces, cuando ya parecía que nada más iba a ocurrir, que el hombre había perdido en cierto modo el gobierno del cerdo pastor, o que el cerdo pastor había perdido todo interés por las ovejas, el granjero Hogget levantó el cayado y dio un golpe seco en la gran piedra, un golpe que sonó como un disparo de pistola en la tensa atmósfera.

A esta señal, Babe entró tranquilamente en el círculo y se dirigió a sus ovejas.

—Ha estado muy bien —les dijo en voz baja—. No puedo decirlos con palabras lo agradecido que estoy. Ahora, si las cuatro damas del lazo tienen la amabilidad de salir del círculo cuando yo dé un gruñido, quedaré para siempre en deuda con ellas. Luego, os pido que tengáis la amabilidad de aguardar a que mi amo haya ido hasta el último redil y abierto la puerta, y ya lo único que deberéis hacer es entrar. ¿Querréis hacerlo, por favor?

—¡Desde lueee... go! —respondieron suavemente las ovejas.

Cuando Babe gruñó, las cuatro ovejas del lazo se separaron solas de sus compañeras y, muy calmadamente, sin prisas, salieron del Corral.

Inmóviles, sostenidos por la magia del momento, los espectadores lo observaron todo sin hacer ruido, tan sólo un gran suspiro de admiración. Nadie podía creer lo que veían sus ojos. Nadie parecía darse cuenta de que el viento y la lluvia habían cesado. Nadie se sorprendió cuando un rayo de sol se coló súbitamente entre las nubes grises y se reflejó en la gran piedra. Lentamente, con sus largas zancadas, Hogget salió de allí y se encaminó al pequeño recinto de estacas, última prueba de su maestría como pastor. Abrió la puerta y se quedó quieto en silencio, mientras los animales seleccionados volvían a entrar en el círculo para reunirse con los demás.

Luego hizo una seña con la cabeza a Babe, una leve señal, y las diez ovejas, perfectamente alineadas y con el cerdo pisándoles los talones, marcharon elegantemente hacia el último redil, y Hogget cerró la puerta.

Cuando enrolló el trozo de cuerda en la estaca, todos miraron las puntuaciones de los jueces.

Cien de cien, una actuación perfecta jamás igualada por un hombre y un perro en toda la historia de las competiciones de perros pastores. Una puntuación conseguida ahora por un hombre y un cerdo. ¡Todos saltaron de entusiasmo!

En casa, la señora Hogget estalló como un volcán en un gran río de lava de palabras, elogiando a las dos figuras que enfocaba la cámara (como si realmente estuvieran dentro del televisor, en un rincón del salón), saludándolos, alabándolos, felicitando primero a uno y luego al otro, diciéndoles lo orgullosa que estaba de ellos, que se dieran prisa por volver a casa, que no llegaran tarde a cenar, que iba a hacer un buen plato de migas de pastor.

En cuanto a la muchedumbre de espectadores congregados en la Gran Competición de Perros Pastores, todos gritaban y chillaban, saltaban y agitaban los brazos mientras los atónitos jueces se rascaban la cabeza y los sorprendidos participantes meneaban la suya como si no pudieran creerlo.

—¡Estupendo! ¡Estupeeen... do! —balaron las diez ovejas encerradas.

Y desde la parte trasera de un viejo Land Rover situado en el punto más alto del aparcamiento, una gordita *collie* blanca y negra ladraba y ladraba de alegría, agitando el peludo rabo.

En medio del ruido y la excitación, dos figuras permanecían aún quietas y en silencio, una al lado de la otra.

Entonces Hogget se agachó, acarició suavemente a Babe entre las grandes orejas, y murmuró esas palabras que todo entrenador dice siempre a su campeón cuando han acabado la faena.

Quizás nadie más las oyó, pero sin duda eran sinceras.

—Lo conseguimos —dijo el granjero Hogget a su cerdo pastor—. Lo conseguimos.

